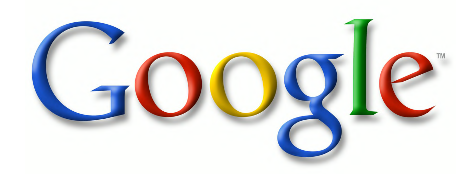



TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA

MEMORIAS DE UN ESTUDIANTE.

ZARZUELA ANECDÓTICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

original de

D. JOSÉ PICON.

MUSICA DEL MAESTRO

D. CRISTOBAL OUDRID.

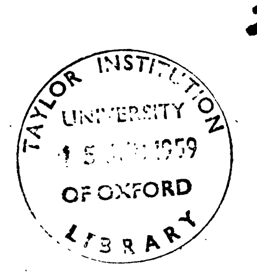
Estrenada la noche del 5 de Mayo de 1860, en el Teatro de la Zarzuela.



MADRID.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ.
Pelayo, 26.

1860.


TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
OF OXFORD
LIBRARY

AL SEÑOR

D. FRANCISCO SALAS,

su cariñoso amigo

EL AUTOR.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL, *duquesa de Malva.*	SRA. MORA.
ELENA, *duquesa de Rias.*	MOYA.
LUISA, *duquesa de Buenafuente*	IBARRA.
LA CONDESA DEL TRONCOVIEJO.	GARCÍA.
LA ABADESA DE LAS SALESAS REALES.	SORIANO.
UNA MÁSCARA.	FERNANDEZ.
ENRIQUE SANCHEZ TOSCANO.	SR. OBREGON.
MICHANA.	CALTAÑAZOR.
DON JUAN DE ARANDA, *capitan de Guardias de Corps.*	CALVET.
EL CONDE DEL TRONCOVIEJO, *exento.*	CUBERO.
RIVERA, *estudiante.*	GARCÍA.
MOLINA, *idem.*	PARCERO.
CARRASCO, *Guardia de Corps.*	BORNACHEA.
REVELLON, *idem.*	SOLER.
EL ALCALDE DE CORTE.	ROCHEL.
CANOSA.	LOPEZ.
UN MOZO.	ROMERO.

Cortesanos, alguaciles, máscaras, estudiantes, educandas, etc., coro de ambos sexos.

Carnaval en Madrid, en el reinado de Cárlos IV.

A las empresas de provincias.

A excepcion del papel de DUQUESA DE MALVA, pueden encomendarse los demas á las damas jóvenes y actrices de verso, porque su parte musical es cortísima.

ACTO PRIMERO.

Noche.—La escena representa el interior de la célebre botilleria de Canosa, que habia en Madrid donde ahora existe la casa de Rivas.—Decoracion blanca, techo muy bajo de bovedilla, y un friso de estera fina alrededor: tres mesas estrechas á cada lado y bancos de pino, de color de chocolate oscuro: belones de laton de cuatro mecheros sobre palomillas fijas, chufletas de barro.—A la izquierda del espectador, al fondo, el mostrador cubierto de cestillas de mimbres con barquillos y platos de anises: sobre dos ó tres basares de tablas en la pared, grandes vasos de media azumbre con dos asas, para servir aloja, y pequeños para limon y agraz.—Al fondo, derecha, la puerta de entrada á la Carrera de S. Gerónimo, con dos escaleras para bajar á la escena.

Al costado derecho, puerta á otra estancia que se supone con salida á la calle de Santa Catalina: sobre el mostrador, habrá garrafa forrada de corcho para enfriar el agua de nieve, y varios cucharones de madera: un estante pequeño con tres tablas para botellas, vasos, etc.

ESCENA PRIMERA.

En un lado MICHANA, RIVERA, MOLINA *y* CORO DE ESTUDIANTES.—*En el opuesto*, EL CONDE DEL TRONCO VIEJO, CARRASCO, REVELLON *y* CORO DE GUARDIAS.—CANOSA, *detrás del mostrador: varios mozos sirven á los concurrentes, entre los cuales habrá en el fondo algun torero majeton, para completar el cuadro de época.*

INTRODUCCION.

GUARDIAS.

Los pájaros nocturnos
que al otro lado están,
qué serán?
qué serán?

CONDE.

Mirad su rostro escuálido
y no hay que preguntar,
porque en su cara llevan
el pasaporte real.

GUARDIAS.

Mirad!...
Mirad!...

CONDE.

Los habeis conocido?

GUARDIAS.

Já, já, já, já, já, já!...
Hambrientos estudiantes
que vienen de Alcalá!...

ESTUDIANTES.

Los caballeros guardias,
por qué se reirán?
qué será?
qué será?

MICHANA.

Vapores del estómago!...
oh! flaca humanidad!...
Los que beben, se rien
de los que ven tragar!...

ESTUDIANTES.

Mirad!...
Mirad!...

MICHANA.

Rumor de tragaderos...

ESTUDIANTES.

Clá, clá, clá, clá, clá, clá!...
Ya que no refrescamos,
veremos refrescar.

MICHANA.

Buen consuelo de tripas!...
Mirad, hijos, mirad!...

GUARDIAS.

Quién de vosotros quiere
con los guardias brindar? (Levantándose.)
Las armas á las letras
ofrecen su amistad.

ESTUDIANTES.

Brindan los estudiantes,

que vienen de Alcalá.
Las letras de las armas
aceptan la amistad. (Se dan las manos.)

CONDE.

Si la espada y la pluma
dominan desde Adan,
el valor y el ingenio
se deben abrazar. (Se abraza con Michana.)

MICHANA.

Si el valor al ingenio
no le da de cenar,
este abrazo no pasa
de un cumplimiento más.

CONDE.

Yo brindo con ginebra!...

MICHANA.

Yo con agua y panal!...

CONDE.

Yo brindo por la guerra!...

MICHANA.

Yo brindo por la paz!...

CONDE.

Yo brindo, caballeros,
por el Gran Capitan!... (Se descubren los guardias.)

MICHANA.

Yo brindo por Cervantes
y su gloria inmortal!... (Se descubren los estudiantes.)

GUARDIAS.

Brindemos por la guerra.

ESTUDIANTES.

Brindemos por la paz.

TODOS.

Las armas y las letras
de frente á frente están.

MICHANA.

Si la armonía empieza
á ser tan fraternal,

de guardias y estudiantes
ni aun rabos quedarán.

GUARDIAS.

Brindemos por la guerra.

ESTUDIANTES.

Brindemos por la paz.

TODOS.

Las armas y las letras
de frente á frente están.

HABLADO.

MICHANA.

Maldito si vine al mundo
para estudiar teología!..

RIVERA.

Si te sorbieras los libros
como embistes á las chicas,
entonces fueras, Michana,
un San Juan Evangelista.

MOLINA.

No tienes rostro de cura.

RIVERA.

Y mucho menos de escriba.

MICHANA.

Tendria que ver mi cara,
cuando entonase una antífona.

MOLINA.

Pues entonces, por qué sigues?...

MICHANA.

Porque mi madre porfía
y el tio con su muleta
limpia el polvo á mis costillas.
Desde niño, están diciendo
que la Vírgen me destina
para hacerme un santo. A mí!...

RIVERA.

La Vírgen no hace heregías.

MICHANA.

Yo, que adoro las mujeres!...
obligarme á cantar misa!...
en español, ser pudiera,
pero en latin, en mi vida!...

RIVERA.

No estás en voz, segun veo.

MOLINA.

Que la cante tu familia.

MICHANA.

Cuando al balcon de su celda
veo asomar á Camila,
jugando en sus negros rizos
con su mano alabastrina,
adios derecho canónico
y sagrada teología.
No hay en las Salesas Reales
más alarmante novicia!...
Como si puesto me hubieran
detrás una carretilla,
echo á correr al convento,
afino mi bandolina
y con los ojos en blanco,
entono tres seguidillas;
ó responde á mis cantares
una mirada homicida,
ó me arroja un tiesto y voy
á escape la calle arriba.

CONDE.

Ahora preveo que nunca
llegareis á cantar misa.

MICHANA.

Pues es cosa que hace tiempo
la tenia yo prevista.

RIVERA.

Es natural: como llegue
á sacerdote y le pidan
la mano diez y ocho abriles,
en forma de guapa chica...

MICHANA.

Tomaré la mano suya,
en vez de alargar la mia.
Esto no es exagerar,
lo sé de muy buena tinta.

MOLINA.

No te esfuerces en probarlo.

RIVERA.

Nos basta que tú lo digas.

MICHANA.

Calumniado bello sexo!... (Con vehemencia.)
todos contra tí predican,
«mujeres!... horror!... mujeres!...»
y una voz secreta, íntima,
allá dentro nos responde:
«qué cosa tan exquisita!...»
Al crear Dios la mujer,
la puso por sangre almibar,
y cual moscas vamos todos
detrás de la golosina.

REVELLON.

Me va gustando el caudillo
de teólogos y legistas.

MICHANA.

Nuestro caudillo, señores,
no está en la botillería
de Canosa.

RIVERA.

Vendrá pronto.

CONDE.

Buena cabeza?...

MICHANA.

Magnífica!...
La antigua espada española,
no ví quien mejor esgrima,
y ninguno le aventaja
para componer letrillas.

CONDE.

Mucho ponderais, amigo.

CARRASCO.

Vos sereis de Andalucía.

MICHANA.

Enrique es la flor y nata
de toda la estudiantina.
Voy á referir un rasgo,
que forma su apología. (Levantándose.)
Eramos en Salamanca,
de huéspedes en pandilla,
la noche de Navidad,
quince estudiantes.

CONDE.

Tendríais
toda la casa alquilada.

MICHANA.

La casa no, la boardilla;
porque en invierno y sin ropa,
dormimos como sardinas.

REVELLON.

No se ahogan los de abajo?

CONDE.

No se hielan los de encima?

MICHANA.

Hallándonos sin dinero...

CARRASCO.

De seguro cenarian...

REVELLON.

El forro del Calepino...

MICHANA.

Y en esta situacion crítica,
se propusieron mil medios
de cenar.

CONDE.

Plumas ó tinta?

MICHANA.

Mas no faltaba en la casa
una despensa provista,
con una puerta de roble,
que nuestra patrona inícua
cerraba con dos candados.

CONDE.

Como señal inequívoca
del crédito que gozábais!...

MICHANA.

Poco la valió; tenia
el porton una gatera,
que lanzaba suaves brisas
de aromáticos jamones
y huracanes de morcillas.
Los quince, puestos á gatas,
con quince narices fijas
en redor del agujero,
aspirábamos la quinta
esencia de los manjares.
Y qué temporal hacia!...
Era la noche lluviosa
y el hambre nuestra, canina!...
Me dá rubor el contarlo!...
Reducidos, oh desdicha!...
á cenar por las narices,
de vez en cuando se oia
lejana gresca de aquellos
que, en las viviendas contiguas,
cenaban, mientras nosotros,

con tanta ciencia en la crisma,
nos hacíamos por fuerza
una cruz en la barriga.
Mucho entonces discutimos,
se pronunciaron homilias,
citáronse mil autores...

CONDE.

Y la cena?

MICHANA.

No salia!...
Enrique al fin, cogió un gato
y anudándole una cinta
en el rabo, le soltó
por el agujero.

REVELLON.

Haria
descomunal zafarrancho!...

MICHANA.

Su ambicion antojadiza,
le hizo saltar los basares,
recorrer todas las líneas,
columpiarse en los perniles
y abrazar á las salchichas.
Mas cuando ya entusiasmado
agitaba sus mandíbulas
sobre mómios prisioneros,
de improviso Enrique tira
de la cuerda, sale el gato
y entre sus uñas prendida
una magra corpulenta,
que dió por barba una libra.
Repitióse la maniobra,
se pescó en seco cecina,
desfilaron tres besugos
y cuelgas de longanizas,
y tuvimos una cena

inverosímil, opípara.

REVELLON.

Todo eso es verdad?...

MICHANA.

Me consta.

CONDE.

Pues hay quien dice que es grilla.

MICHANA.

Hay verdades que, á no verlas,
suelen parecer mentiras.
Donde esté Sanchez Toscano,
nadie raya más arriba;
Enrique es la flor y nata
de toda la estudiantina.

ESCENA II.

Dichos.—ENRIQUE Y DON JUAN, *por distintas puertas.—El primero se reune á los estudiantes y el segundo á los guardias, que se levantan y le saludan.*

ENRIQUE.

Que Dios guarde á mis colegas.

CONDE.

Aquí nuestro capitan!...

REVELLON.

Muy bien venido, don Juan.

MICHANA.

Y cómo tan tarde llegas?

ENRIQUE.

Por hallar de sopeton,
el beso más soberano,
y de la más blanca mano
el más lindo bofeton.

MICHANA.

Animas del purgatorio!...

Dios te depara el martirio!...

ENRIQUE.

Que me abrasen con un círio,
si busqué tal envoltorio.

RIVERA.

Algun lance estrafalario!...

MOLINA.

Nos dará dinero y gloria?

ENRIQUE.

Dará que contar la historia,
más que cuentas un rosario. (Todos se agrupan.)

MUSICA.

Estaba en el régio alcázar,
para ver el besamanos;
desfilaban á mi vista
las damas y cortesanos,
cuando en el arco del Príncipe,
un carruaje se paró.
El lacayo abrió la puerta,
puso lejos el banquillo,
saltó de adentro una dama,
se la dislocó un tobillo,
y enseñando mil primores,
en el suelo se cayó.

MICHANA (Aparte.)

Quién hubiera estado allí,
para ver lo que este vió!...

ESTUDIANTES.

Quién hubiera estado allí,
para ver lo que este vió!...

ENRIQUE.

Yo, que cerca me encontré,
en brazos la levanté,
pero fué en momento aciago,

porque aquella dama, en pago...
entre todos, á que no
acertais lo que me dió?...

ESTUDIANTES.

Las gracias.

GUARDIAS.

Algun anillo.

CONDE.

Una flor.

MICHANA.

Un brazalete.

ENRIQUE.

Me dió, llamándome «pillo,»
un descomunal cachete.

MICHANA.

Ténlo presente
para otra vez,
y cuando alguno
veas caer,
dále, si alcanzas,
un puntapié.

CONDE.

Qué agradecida
y qué cortés
con el sopista
la dama fué!...
Te dió un sopapo?
Ráscatele.

ENRIQUE.

La gran señora,
bella y cruel,
larga de manos
y lengua fué,
mas yo rebancha
de ella tomé.

CORO.

ESTUDIANTES.

Ténlo presente, etc.

GUARDIAS.

Qué agradecida! etc.

HABLADO.

ENRIQUE.

Plantóme, con mano diestra,
un solemne bofeton.

DON JUAN.

Cómo!

ENRIQUE.

Sin conversacion.

CONDE.

Y fuerte?...

ENRIQUE.

Mirad la muestra. (Enseñándole la mejilla.)

RIVERA.

Tendrias que...

ENRIQUE.

Recibirle.

MOLINA.

Te has vuelto cobarde?

ENRIQUE.

No.

MICHANA.

Silencio, no concluyo;
debemos ántes oirle.

ENRIQUE.

Colérico, alcé la mano
al recibir tal ofensa,
pero en el aire suspensa,
encontré un rostro gitano,
de los que no hay por el Norte;
y á confesarlo me rindo,
era el animal más lindo
de los que pisan la córte.
Ante sus débiles faldas,
señores, qué hubiérais hecho?

CONDE.

Yo, con amargo despecho...

ENRIQUE.

El qué?...

CONDE.

Volver las espaldas.

MICHANA.

Hubiera dicho lo de
si te pillo, aquí te atrapo,
y era, despues del sopapo,
convidarla á un puntapié.
La más fulminante idea,

que á toda mujer irrita,
sobre todo, si es bonita,
es llamarla á gritos *fea*.

ENRIQUE.

Como no digais más que eso!...
La tenia entre mis brazos
y la planté dos abrazos
y un sabrosísimo beso.

MICHANA.

Qué te absuelva el arzobispo!...

ENRIQUE.

Solo puede, sin baldon,
recibirse un bofeton
de una mujer ó un obispo.
Me insultásteis y os insulto,
exclamé sin vacilar,
pero ella se echó á llorar
y entonces pedíla indulto.
Cuando por sus dos megillas
rodar las lágrimas ví,
mil perdones la pedí,
sin vergüenza y de rodillas.
Y con voz angelical,
dijo, al volver de un desmayo,
«os tomé por mi lacayo,
no fué la partida igual.»
Hízome un gesto imponente
de seductor abandono,
exclamó al fin, «os perdono»
y se perdió entre la gente.

MICHANA.

Pues señor, desde hoy proclamo
que tienes fortuna loca!...

ENRIQUE.

Qué lábios, chico, qué boca!!!...

MICHANA.

De escucharte, me relamo!...

DON JUAN.

Por cada beso un cachete,
cuál de los dos perdería?

MICHANA.

A tal precio, tomaria
no un bofeton, sino siete.

DON JUAN.

Su cómica gravedad,
nuestras simpatías hizo;
desde hoy con vos fraternizo
y os ofrezco mi amistad. (Se dá la mano con Enrique.)

ENRIQUE.

Yo la acepto, como es justo.

CONDE.

Y quién es ella?

ENRIQUE.

No sé;
solo al pasar escuché
que la casan á disgusto,
que lleva un gran apellido
y que el Rey la sacrifica,
siendo huérfana y muy rica,
á un viejo y noble marido.

MICHANA.

No sabes su nombre?

ENRIQUE.

No:
casa, porque el Rey lo manda,
con un tal... Don Juan... de Aranda.

DON JUAN.

Don Juan de Aranda soy yo!...
(Dando un puñetazo en la mesa y levantándose.)

ENRIQUE. (Descubriéndose con sorna.)
Muy señor mio, Don Juan.

DON JUAN.

De mí os burlais?...

ENRIQUE.

Sed prudente!...

DON JUAN.

Castigaré al insolente!...

ENRIQUE.

Donde las toman las dan.

DON JUAN.

Que merece el libertino,
que mi limpio honor infama?

ENRIQUE.

El amor á vuestra dama,
os hará perder el tino.

DON JUAN.

El que besa la megilla
de una dama principal!...

ENRIQUE. (Aparte.)

El desenlace final,
es romperme una costilla.

DON JUAN.

El autor de tal ofensa,
no puede tener escusa!...
quien, como vos, torpe abusa
de una mujer indefensa!... (Enfurecido.)

ENRIQUE.

Pero no habeis acabado;
si dí un beso á una señora,
es porque me fué deudora
de un bofeton bien plantado.

DON JUAN.

Os propasásteis con ella!...

ENRIQUE.

Antes se me propasó;
de aquel modo vengué yo
golpe de mano tan bella.

DON JUAN.

Atrevido mozalvete,
conoceis su gerarquía?

ENRIQUE.

Tal vez la conocería,
si me diera otro cachete.

DON JUAN.

Hollásteis sus limpios nombres
y á vos desafio aquí,
á que me beseis á mí!... (Poniendo mano á la espada.)

ENRIQUE.

Pues no me gustan los hombres.

DON JUAN.

Teneis miedo?...

ENRIQUE.

Miedo no,
pero es cosa de extrañar
que vos la querais vengar,
cuando ella me perdonó.

DON JUAN.

Valga la ley del más fuerte,
toda disculpa es inútil;
buscad un pretesto fútil,
para batirnos á muerte.

ENRIQUE.

Señor Don Juan, sin recato
y en conclusion os contesto,
que ni busco ese pretesto,
ni por tan poco me mato.

MICHANA. (Aparte.)

El viejo tiene hidrofóbia!...

CONDE. (Ap. á Don Juan.)

Sed prudente á todo trance!...
Quereis provocar un lance,
en mengua de vuestra novia?

CARRASCO (Aparte.)

Salgamos, Don Juan, por Dios!...
que nos espera la lista!... (Arrastrándole.)

DON JUAN. (Aparte.)

Voy á ver á la modista. (Sacando el relój.)
Ya nos veremos los dos!... (Alto.)
(Salen los guardias.)

ESCENA III.

ENRIQUE.—MICHANA.—ESTUDIANTES.

ENRIQUE.

Casar un viejo arrugado
con tan gentil hermosura!...

MICHANA.

Pues tu beso á su futura,
le supo á cuerno quemado.

ENRIQUE.

No pienses que á mí me importe!...

MICHANA.

Despues del lance de marras,
líbrete Dios de las garras
del buen alcalde de Córte.

ESCENA IV.

Dichos.—LAS DUQUESAS DE MALVA, RIAS Y BUENAFUENTE, *vestidas de majas y rebozado el rostro, por el fondo.*

RIAS.

Entremos á refrescar.

BUENAFUENTE.

Y lejos ya de palacio,
nos contareis más despacio...

MALVA. (Señalando con enfado á los estudiantes.)

Ni aquí nos han de dejar.

ENRIQUE.

Sopla viento de levante!...
Michana, mira, no ves? (Gritando.)

MICHANA.

Qué cinturas!...

ENRIQUE.

Y qué piés!...

MALVA.

El del beso, el estudiante!...
(Quieren huir y los estudiantes cortan la retirada.)

ENRIQUE.

Qué tres hembras, cielo santo!...

MICHANA.

La del jubon esmeralda!...

ENRIQUE.

Bendita sea esa falda
y ese corpiño amaranto!...
Si no me encontrais muy feo, (Adelantándose.)
ni tampoco á mis cofrades,
pisad, graciosas beldades,
de un estudiante el manteo. (Arrojándole al suelo.)
Que aunque ya muy viejo es
y no dá calor ni sombra,
aun puede servir de alfombra
á tan seductores piés.

MALVA.

Poneis demasiado bajas
prendas que son de valía,
pero á tal galantería,
no renunciarán tres majas.

(Pasan por cima y se sientan en las mesas de los estudiantes, que las ceden el puesto, se quitan los sombreros y las requiebran al pasar, con mucho estrépito.)

ENRIQUE. (Golpeando la mesa.)

Venga acá el señor Canosa,
los mozos y el repostero!...

MICHANA. (Aparte.)

Las convida sin dinero!...

ENRIQUE.

Qué les pido?

MALVA.

Cualquier cosa.

ENRIQUE.

Qué hay?

CANOSA.

Bizcochos bañados,
anises, agraz, rosquillos,
aloja, limon, barquillos,
agua fria y esponjados.

ENRIQUE. (Con énfasis.)

Sacad de todo á la vez. (Un mozo sirve inmediatamente.)

RIAS.

Sois expléndido y galan.

ENRIQUE. (Sentándose con ellas.)

Con las damas un sultan.

MICHANA.

Hay mayor desfachatez!...

RIAS. (Aparte.)

Este moze se propasa.

MALVA.

(Nos distraerá con su ingenio.)

BUENAFUENTE.

(El hombre es corto de genio!...

RIAS.

(Como Pédro por su casa.)

MICHANA.

No tiene un real y me asusta!...)

RIAS.

Beber agraz se me antoja.

MALVA.

Que nos traigan más aloja,
este limon no me gusta. (Gritando.)

MICHANA. (Aparte al grupo de estudiantes.)
Ya escampa.
RIVERA.
Beben á jarros!...
MOLINA.
Hambre y sed, mal matrimonio!...
MICHANA.
Pues que le preste el demonio,
ó que refresquen guijarros!...
RIVERA.
Nos iremos?
MICHANA.
Que me place;
en estos lances es ducho
y sin apartarnos mucho,
veremos el desenlace. (Salen á hurtadillas.)

(Durante esta escena y la siguiente, las majas derraman las bebidas, rompen vasos, golpean la mesa y gritan á porfía.)

ESCENA V.

ENRIQUE *y las tres duquesas.*

MUSICA.

MALVA. (Aparte, descubriéndose para beber.)
Hagamos mucho gasto,
porque sospecho
que tiene el estudiante
bolsillo estrecho;
y si no paga,
se quedará Canosa
con la sotana.
ENRIQUE. (Reparando en ella.)
Cielos!... la gran señora!...
la del cachete!...
Si Don Juan entra ahora,
me compromete.

Me vé con ella,
y al primer cintarazo,
me descabella.

BIAS.

Qué barquillos son estos?
Jesús, qué amargos!... (Arroja la bandeja.)

BUENAFUENTE. (Pidiendo al mozo.)

Barquillos y bizcochos
de los más largos!...

MALVA. (Aparte.)

Si está robusto,
ni con cuatro sangrias
vuelve del susto.

ENRIQUE.

Ay pobre!... aquí tè quiero
ver escopeta!... (Registrándose.)
No tengo en mi bolsillo
ni una peseta!...

MALVA.

Ya palidece!...
Ha de apurar el cáliz,
hasta las heces.

ENRIQUE. (Volviendo la cabeza.)

Les pediré prestado...
Todos se han ido!
No tengo otro remedio
que darme un tiro!...
La muerte sola!...
pero tengo intenciones,
falta pistola.

Á CUATRO.

DUQUESAS.

Hagamos mucho gasto, etc.

ENRIQUE.

Les pediré prestado, etc.

HABLADO.

RIAS. (Aparte.)

Es muy cruel esta chanza!...

MALVA. (Aparte.)

Cómo sufre el pobrecillo!...

ENRIQUE. (Aparte.)

En cuanto ellas se levanten
y llegue el momento crítico
de pagar, viene Canosa
y me quedo como un mico.

MALVA.

Escúchame, camarero...
aquí más cerca... al oido... (Le habla.)

ENRIQUE. (Al mozo.)

Cuidado con tomar nada!...

MOZO.

Señor!...

ENRIQUE. (A grandes voces.)

Cuidado conmigo!...
De nadie tomes dinero.
(Aparte.) Ahora me haré el distraido,
para que puedan pagarle. (Se va el mozo.)
Son muy torpes, está visto!...

MALVA. (Aparte.)

Que no le dejen salir,
si no paga...

RIAS. (Aparte.)

Eso habeis dicho?

ENRIQUE. (Aparte.)

Me desnudará Canosa!...
me dejará en cueros vivos!...

BUENAFUENTE. (Aparte.)

Infeliz!... no tiene blanca!...

ENRIQUE.

A ver, mozo!... pide un hilo (Súbitamente.)
de algunas varas de largo.

MALVA. (Aparte.)

Qué discurrirá?...

RIAS. (Aparte.)

No atino.

ENRIQUE.

Y búscame una peseta
de agujero. En mi bolsillo,
hay solo monedas de oro. (Con énfasis.)
(Ap.) Quien entre, cae en el garlito,
me provoca, le contesto,
armo la de Dios es Cristo
y prefiero andar á golpes,
á quedarme en cueros vivos.

MALVA.

Qué maniobra estais forjando
con la peseta y el hilo?...

ENRIQUE.

Los guardias de Corps, señora,
llamaron á mis amigos
sopistas y otros excesos.

RIAS.

Os calumnian de lo lindo!...

MALVA.

Hambrientos los estudiantes!...

RIAS.

Eso es aleve!...

BUENAFUENTE.

Es inícuo!...

ENRIQUE.

Y como es muy problemático
decidir á punto fijo
cuáles de los contendientes
tienen mayor apetito
de fiambres y de plata,
para sentenciar el juicio,

en gracioso tribunal
á vosotras tres erijo.

MOZO.

Aqui teneis la peseta
de agujero con el hilo. (Dándosela.)

MALVA.

No comprendo una palabra.

ENRIQUE.

Pronto lo habreis comprendido.
Los guardias veo en la puerta!...

(Ata la peseta al extremo del hilo, la arroja al medio de la escena y pasa el otro extremo del hilo por bajo del pie, para poder tirar de improviso.)

MALVA.

Huyamos!... (Levantándose.)

RIAS.

Ya nos han visto!... (Deteniéndola.)

BUENAFUENTE.

Rebocémonos el rostro!...

ENRIQUE.

Ya está el anzuelo tendido!...

ESCENA IV.

Dichos.—El Conde, *seguido de* Guardias.

MUSICA.

GUARDIAS. (Desde el fondo.)

El estudiante
aquí otra vez!...
Quiénes son ellas
vamos á ver!...

ENRIQUE.

Pronto mi anzuelo
han de morder,

en cuanto el cebo
lleguen á ver.

DUQUESAS.

Tal vez alguno
caiga en la red!...
esto es gracioso!...
á ver?... á ver?...

GUARDIAS.

Mucho se tapan!...
deben temer
que las lleguemos
á conocer.

ENRIQUE.

Para que el cebo
lleguen á oler,
estos bizcochos
les tiraré. (Arrojándoles al suelo.)
Todos los ojos
fijos se ven
en la peseta.
Ahí la teneis!...

GUARDIAS.

Una peseta
allí se vé!...
con disimulo
me acercaré,
para ponerla
encima el pié.

(Todos se adelantan muy lentamente, haciéndose los distraidos y ya cerca de la moneda, se empujan unos á otros por pisarla, varios se bajan á cogerla, y la peseta huye atraida por el hilo. Momento de sorpresa en los guardias.)

ENRIQUE.

Já!... já!... qué anzuelo!...
já!... já!... cuánto pez cayó!...
Tirar un pellizco al suelo
los pobres guardias de Cós!...

DUQUESAS.

Já, já!... qué bonito chasco!...
já, já!... qué buena invencion!....

Tirar un pellizco al suelo
los pobres guardias de Cós!...

GUARDIAS.

Estando ellas tres delante,
no tiene perdon de Dios,
que se burle un estudiante
de veinte guardias de Cós.

(Pasada la sorpresa, los guardias quieren lanzarse sobre el estudiante, pero el Conde les contiene, señalando á las majas.)

HABLADO.

CONDE.

Si el que se baña en tintero
nos ha querido ofender,
sabrá cumplir su deber
de español y caballero.

ENRIQUE.

Pero advierte al importuno,
el que en tintero se baña,
que quien dá un palo, en España,
suele llevar tres por uno.
No nos llamais siempre hambrientos
y sopistas y mendígos?...
Yo, en nombre de mis amigos,
os volví los cumplimientos.
Y aun me debeis dar las gracias,
ántes de emprender la fuga,
que no he puesto una pechuga,
por evitar mil desgracias.

CONDE.

Hablad con algun rebozo
y no prodigueis afrentas,
porque si ajustamos cuentas,
vais á perder, pobre mozo.

ENRIQUE.

Nadie asustarme presuma, (Levantándose.)

que hay sopista de Alcalá,
á quien lo mismo le dá
la tizona, que la pluma!...

CONDE.

Salid fuera!...

ENRIQUE.

De contado.

RIAS. (Aparte.)

Le detendrán?...

MALVA. (Aparte.)

No lo sé.

CANOSA.

No podeis salir. (Deteniéndole.)

ENRIQUE.

Por qué? (Enfurecido.)

CANOSA.

Porque no me habeis pagado.

ENRIQUE. (Aparte.)

Debo de estar amarillo!...
(Alto.) Y el botillero inhumano
así trata á un parroquiano,
que olvidóse del bolsillo?...

CANOSA.

No saldreis!...

ENRIQUE.

Señor Canosa!...

CANOSA.

Si en prenda no me dejais
la sotana que llevais.

CARRASCO.

La ocurrencia es muy graciosa.

CONDE.

Acabemos!... cuánto debe?... (Sacando el bolsillo.)

ENRIQUE.

Vuestros favores no admito,
porque no los necesito.

REVELLON.

Aun á echar plantas se atreve!... (Riyendo.)

ENRIQUE.

Si no pago, poco importe;
he de probar, sin dinero,
que soy tan buen caballero
como el mejor de la córte.
Aun sé blandir en mi diestra,
bajo esta rota sotana,
mi tizona toledana!...
Salga pues, á la palestra!...

(Saca una espada de entre sus manteos; los guardias desenvainan las suyas y se preparan á recibirle para desarmarle. Canosa empuña un gran cucharon del mostrador.)

Contra mí, todos!!!... acaso
tan cobarde villanía,
os cueste cara algun dia,
si consigo abrirme paso!...

(La duquesa de Malva se interpone con el rostro rebozadó y arrastra á Enrique por el brazo.)

MALVA.

Venid!...

CONDE.

Le desarmaremos!...

ENRIQUE.

Señora!... (Resistiéndose.)

RIAS. (Aparte.)

Yo estoy temblando!...

MALVA.

No repliqueis!... os lo mando!...

CONDE.

Nos veremos!...

ENRIQUE.

Nos veremos!...

(Salen por la derecha y cierran trás sí, las tres duquesas y Enrique.)

ESCENA VII.

EL CONDE *y* LOS GUARDIAS.

CONDE.

Destáquense tres guerrillas
á cortar la retirada,
porque tambien tiene puerta
á la otra calle esa estancia. (Salen varios.)

CARRASCO.

Pretendeis darles un chasco?...

REVELLON.

Tendamos una emboscada.

CONDE.

Caballeros, es preciso
ver el rostro á las tres majas,
porque mucho valer deben
cuando tanto se recatan.

ESCENA VIII.

Dichos.—DON JUAN.

DON JUAN.

Vengo loco de contento.

CONDE.

Sepamos pronto, qué os pasa?...

DON JUAN. (Aparte.)

Mi graciosa costurera,
ya está conmigo más blanda.

CONDE.

Y es eso todo?...

DON JUAN. (Aparte.)

Qué chica!...
es de lo más endiablada!...

Pues no ha dado, segun dice,
en civilizar mi cara
y cortarme los bigotes!...
Tiene las manos tan largas,
que resolví apoderarme
de sus tijeras!... miradlas!...
Las guardo, como trofeo
de mi reñida batalla.

CONDE. (Aparte.)

Aun pensais en amorcillos
y en intrigas casquivanas,
cuando estais para casaros
con una grande de España?...

DON JUAN.

Es que...

CONDE.

Doblemos la hoja,
el tiempo nos hace falta.
El estudiante que tiene
con vos cuentas atrasadas,
se ha burlado de nosotros,
aquí mismo, en nuestras barbas,
y se encuentra en ese cuarto,
encerrado con tres majas.

DON JUAN.

Le castigásteis?...

CONDE.

No pude,
se interpusieron las faldas.

DON JUAN.

Serán tal vez mujerzuelas,
cuando con tal gente andan.

CONDE.

Pues temen que las veamos,
porque ellas mucho se tapan
y ademas, sus ricos trages

y su apariencia bizarra,
no las revelan, don Juan,
por gentes de rompe y rasga,
sino más bien por señoras
y acaso por nobles damas.

DON JUAN.

Inverosímil sospecha,
cuando en tal sitio se hallan.

CONDE.

Como ahora dan en vestirse
grandes señoras de majas!...

DON JUAN.

Qué plan teneis para verlas?

CONDE.

Esperar hasta que salgan.

DON JUAN.

Entonces, correis peligro
de esperar hasta mañana,
ó de que al salir se tapen,
con más razon que á su entrada.

CONDE.

Es verdad.

DON JUAN.

Vamos á verlas,
y salga por donde salga.

CONDE.

Qué vais á hacer?

DON JUAN.

(Que unos cuantos
se queden en esta sala,
para impedir que Canosa
y los mozos hagan nada,
mientras forzamos la puerta.)

REVELLON.

Es lo mejor.

CARRASCO.

A la carga!...

CONDE. (Deteniendo á don Juan.)

Señor don Juan, os advierto
que el escolar tiene traza
de ser un mozo de cuenta,
y oculta entre la sotana,
lleva, para casos tales,
una magnífica espada.

DON JUAN.

Ha dado un beso en palacio,
á mi prima la de Malva (Risas dentro.)
y ahora mismo nos provoca:
no escuchais sus carcajadas? (Aplicando el oido.)

REVELLON.

Vamos á forzar la puerta.

CARRASCO.

Tomemos de él represálias.

CONDE.

A todos nos ha insultado
y es muy justa la venganza.

DON JUAN.

No percibis cierto aroma (Oliendo por la cerradura.)
y cierta suave fragancia
de belleza y hermosura?

CONDE.

Sí, huele á mujeres guapas!...

DON JUAN.

Apretad aqui!... ya cede!...

CONDE.

Se abrió!...

DON JUAN.

Señores, en guardia!...

(Retroceden y tiran de las espadas.)

CONDE.

Han apagado las luces!...

DON JUAN. (Aparte.)

Las conoceré, no falla!...
Si son damas de la córte!...
(Alto.) Entrad!... (Aparte.) Envaino mi espada,
pero saco las tijeras!...

CONDE.

Qué haceis?...

D. JUAN.

Adentro los guardias?... (Entran varios.)

ENRIQUE. (Dentro.)

Aquí, Michana!... Molina!...

(Canosa y los mozos intentan oponerse.)

MALVA. (Dentro.)

Infames!...

RIAS. (Dentro.)

Socorro!...

BUENAFUENTE. (Dentro.)

Ay Dios!...

D. JUAN. (Dentro.)

Aquí los guardias de Cós!...

ENRIQUE. (Dentro.)

Aquí de la estudiantina!...

(Se oye gran ruido de espadas, voces y muebles que se rompen. Tumulto espantoso. Llegan la ronda y el alcalde de córte por el fondo, á tiempo que Enrique y los guardias salen á la escena y se detienen. D. Juan con un poco de sangre en la cara. Enrique esconde su espada.

ESCENA IX.

ENRIQUE.—D. JUAN.—EL CONDE.—CARRASCO.—REVELLON.
GUARDIAS.—ALCALDE *y ronda de* ALGUACILES.

ALCALDE. (Desde el fondo.)

Ténganse!... favor al Rey!...

REVELLON. (Avisando á los demas.)

Somos perdidos!... la ronda!...

ALCALDE.

Que el culpable no se esconda!...
Quién aquí faltó á la ley!... (Silencio general.)

ENRIQUE. (Aparte.)

Michana las ha salvado!...

D. JUAN. (Aparte.)

Qué lluvia de cuchilladas!...

ALCALDE.

Envainad esas espadas. (Todos obedecen.)

CONDE. (Aparte.)

Pero al fin se han escapado!...

ALCALDE.

Aquí la ley simbolizo!...

D. JUAN. (Aparte al Conde.)

Una de ellas me arrancó
el bigote, pero yo...
mirad!... la he cortado un rizo. (Enseñándole.)

UN ALGUACIL. (Gritando.)

Señor, aquí hay un zapato. (Saliendo de la derecha.)

ALCALDE.

Quién provoca este alboroto?

ENRIQUE. (Aparte.)

Tengo el espinazo roto
y ni aun sé por quién me bato!

D. JUAN. (Aparte.)

A la ocasion pintan calva!...
(Alto.) El estudiante. (Con solemnidad.)

ALCALDE.

Daos preso!... (Le prenden.)

D. JUAN.

Por dar en público un beso
á la duquesa de Malva.

ENRIQUE.

Dios mio!... yo me confundo!...
Desde que esa mujer ví,

han llovido sobre mí
todas las plagas del mundo!...

FINAL.

ALCALDE.

La córte es un infierno
y nadie vive en paz,
con estos estudiantes
que vienen de Alcalá.

D. JUAN.

Si es dama de la córte,
yo la sabré encontrar,
que un rizo no se puede
coser ni remendar.

CONDE.

Medio bigote os vino
ese rizo á costar;
para lo que ya os queda,
afeitaros, Don Juan.

ENRIQUE.

Molido á cintarazos,
hambriento y sin un real,
al menos en la carcel,
de comer me darán.

D. JUAN.

A la dueña del rizo
yo llegaré á encontrar.

CONDE.

Y al dueño del bigote
la dama encontrará.

ALCALDE *y* CORO.

La córte es un infierno
y nadie vive en paz,
con estos estudiantes
que vienen de Alcalá.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon suntuoso y profusamente alumbrado.—Dos balcones en primer término, á la izquierda del público, que se suponen á las ramblas del Campo del Moro.—Puertas á la derecha; rompimiento de tres arcos al fondo, por donde se ven pasar grupos de máscaras, de cuando en cuando.—Grandes espejos, mesas doradas con tableros de mármol; rolojes, estátuas y candelabros. —No hay asiento alguno; escena alfombrada.

ESCENA PRIMERA.

Las tres DUQUESAS, *de máscara, con los antifaces en la mano.—La de* MALVA, *con dominó negro; la de* BUENAFUENTE, *á la Lavalier, y la de* RIAS, *de dia y de noche.*

MALVA.

No hay escándalos ni empresas
de que la córte murmure,
ni enredo en que no figure
una de las tres duquesas.
Ora se describe un drama,
entre explosiones de risa,
y sois vos, querida Luisa,
el nudo de aquella trama.
Ora entre gente curiosa,
corre un zapato de Elena,
que perdió en la horrible escena
del botillero Canosa.
Por aquí se oye contar
que vos, Duquesa de Rias,
á fiestas y romerías

vais disfrazada á bailar.
Y por allí á la duquesa
de Buenafuente se ultraja,
diciendo que vá de maja
á los toros y en calesa.
Aquí en palacio, esta noche,
sirve de cuento punzante
el beso que el estudiante
me plantó al bajar del coche.
Y en esta desigual guerra,
nada en mi juicio ganamos;
ó nuestro nombre empañamos,
ó el Rey mismo nos destierra.

RIAS.

Pisamos sobre un abismo;
nadie de vosotras sabe
que hay un peligro más grave
que conjurar ahora mismo.

BUENAFUENTE.

Hablad, si remedio admite.

RIAS.

No visteis vosotras?...

MALVA.

Qué?

RIAS.

Lo que previenen al pié
las esquelas de convite?
Ponen á los convidados
la absoluta prohibicion
de peinado en herizon
y cabellos empolvados.

MALVA.

Veo mi deshonra cierta!... (Muy conmovida.)
Ni puedo cubrir mi rizo,
ni ponerme otro postizo
y voy á ser descubierta.

BUENAFUENTE.

Este baile, de antemano
por Su Magestad dispuesto,
será tan solo un pretexto
para aclarar el arcano.

MALVA.

Y en víspera de mis bodas!...

RIAS.

La reina, que es muy sagaz,
se quitará el antifaz
y la imitaremos todas.

MALVA.

Y á una señal convenida,
Su Magestad y otras muchas,
se bajarán las capuchas
y entonces estoy perdida.

RIAS.

Fingid un mal.

BUENAFUENTE.

Cosa hecha!...
y con más tiempo y espacio...

MALVA.

Ausentarme de palacio,
es confirmar la sospecha.

RIAS.

Maldita suerte!... maldita!...
No sabemos encontrar
un medio para salvar
nuestra loca duquesita!...

MALVA.

Y al que tal ofensa me hizo,
cuando mi mano reclame,
ni aun decirle el modo infame
con que me ha cortado el rizo.

BUENAFUENTE.

Al mirar el resultado

de tan cobarde atropello,
dirán que dais el cabello
á otro amante afortunado.

RIAS.

Y las gentes, qué dirán,
cuando la córte os rechace,
hallándose vuestro enlace
concertado con Don Juan?

BUENAFUENTE.

No perdamos un momento,
en situacion tan extrema!...

RIAS.

Quién resuelve este problema?

MALVA.

No alcanza nuestro talento!...

RIAS.

Si Beatriz tuvo un Dante
y Dido encontró un Virgilio,
propongo que en nuestro auxilio
llamemos al estudiante.

MALVA.

Oh no!... Duquesa, jamás!...

RIAS.

Nuestra causa está perdida!...
pues bien, á muerte ó á vida:
es una locura más.

BUENAFUENTE.

Os aplaudo desde luego
esa idea salvadora.

MALVA.

Cómo avisarle á esta hora?

RIAS.

Con un criado y un pliego.

BUENAFUENTE.

Hallo una dificultad;
no le dieron pasaporte

para la carcel de Córte?

MALVA.

Logré yo su libertad.

RIAS.

Medidas egecutorias!...
Dictad la carta, Isabel;
tengo lápiz y papel
en mi libro de memorias.

(Escribe junto á un candelabro de la izquierda.)

MALVA. (Dictando y paseándose por la escena.)

Quien os escribe, no ignora
que, á pesar de cierto beso,
habeis conservado ileso
el honor de una señora.
Si quereis ser adversario
de un escandaloso ultrage,
venid á cambiar de trage,
donde os diga el emisario.
Entrad en esa litera,
sin preguntar ni decir,
y dejaos conducir
hasta el pié de una escalera.
La que al bajar de su coche
habeis osado abrazar, (Música lejana.)
tiene derecho á esperar
que la salveis esta noche. (Concluye la carta.)

BUENAFUENTE.

Oigo á lo lejos un coro
y el son de una bandolina!... (Escuchando.)

RIAS.

Victoria!... una estudiantina. (Corriendo á un balcon.)
Sube del Campo del Moro!...

(Se oye una marcha de guitarras y bandurrias, que viene aproximándose por momentos.)

BUENAFUENTE.

Dios los envia!... ellos son!... (Asomada.)

MALVA.

Ah, qué música tan grata!...
Esa alegre serenata,
resuena en mi corazon!... (Con entusiasmo.)

SERENATA.

ENRIQUE. (Dentro.)

Si entre nubes de topacio
se oculta en oriente el alba,
á dar luz por el espacio
saldrá á un balcon de palacio
la duquesita de Malva.
Ya derrama la aurora
su luz de plata;
sal á escuchar, señora,
la serenata.
Su lumbre pura
te proclama la reina
de la hermosura.

CORO. (Dentro.)

Viva la madrina
de la estudiantina,
y ruede el pandero
alegre y lijero,
y venga otra copla
de versos amantes
y viva la jota
de los estudiantes.

MALVA.

A las adulaciones
de un noble amante,
prefiero las canciones
del estudiante.
Dios me le envia,
para ser el escudo
de la honra mia.

RIAS *y* BUENAFUENTE.

Para ingenio brillante

y buen talento,
no hay como un estudiante
cuando está hambriento.
Si tuvo dieta,
la victoria esta noche
será completa.

CORO.

Viva la madrina, etc.

2.ª

ENRIQUE.

La luna nos ilumina
y el céfiro blando sopla;
asoma tu faz divina
y escucha la humilde copla
de esta pobre estudiantina.
Ya derrama la aurora, etc.

MALVA.

A las adulaciones, etc.

RIAS *y* BUENAFUENTE.

Para ingenio brillante, etc.

TODOS.

Viva la madrina, etc.

(La de Rias arroja el billete por el balcon primero de la izquierda, y salen corriendo las tres por el lado opuesto.)

ESCENA II.

DON JUAN *y* EL CONDE, por el fondo, con uniformes de guardias.

CONDE.

Os casais con vuestra prima?...

DON JUAN.

Es cosa resuelta, Conde,
en cuanto el Sumo Pontífice
la dispensa nos otorgue.

CONDE.

Dar por marido un anciano
á una mujer linda y jóven,
es lo mismo que poner
una colmena en un monte;
al cabo y al fin, sucede
que los osos se la comen.
Ella será la colmena,
Madrid ha de ser el bosque
y los osos colmeneros,
señor Don Juan, son los hombres.

DON JUAN.

Las fieras no se aproximan
donde hay buenos cazadores.

CONDE.

Como es la niña mimada
de los reyes y la córte...
Pero nunca sereis dueño
de ese corazon indócil.
La tienen por casquivana
y rehusó pretensiones
de primogénitos, grandes,
ministros y embajadores.
Vos sois más afortunado,
gracias al Rey, que la impone...

DON JUAN.

Sus Magestades influyen
en mi favor, señor Conde,
pero no mandan.

CONDE.

Don Juan,
la quereis, ya se conoce!...
Las súplicas de los reyes,
no son súplicas, son órdenes.

ESCENA III.

Dichos.—LA DUQUESA DE RIAS, *con antifaz, por la derecha.*

RIAS. (Fingiendo la voz.)
Conque Don Juan se enmarida?

DON JUAN.
Eso dicen á lo menos.

RIAS.
Jesús!... qué mujericidio!...
(Un ángel con un pellejo!...)
Y no te tiemblan las carnes?

DON JUAN.
Qué me puede inspirar miedo?

RIAS.
El olor á carne muerta,
atrae bandadas de cuervos!...

DON JUAN.
La máscara no autoriza
para dirigir denuestos.

RIAS.
Una jóven de veinte años
es, en los brazos de un viejo,
pájaro en manos de niño,
que le mata con sus besos!...

DON JUAN.
Con un camello se cruzan
en Africa los desiertos;
si es un desierto esta vida,
hay que buscar el camello.

RIAS.
Voy á creer, buen anciano,
que eres amante muy diestro,
ó que tal vez no conoces
la que domar te has propuesto.

CONDE.

Dibújanos su retrato
y así la conoceremos.

RIAS.

La duquesita de Malva,
el partido más soberbio
de las damas de la córte,
solo piensa en devaneos.
Ella, buscando aventuras,
tiene el raro privilegio
de presidir en las fiestas
que en Madrid celebra el pueblo.
Es la madrina obligada
en las bodas y bateos
de cigarreras, gitanos,
comediantes y copleros.
Reinando cual soberana,
domina bajo su imperio,
desde el Campillo Manuela,
hasta el Rastro y Mundo Nuevo.
La envian, por su hermosura,
las divisas los toreros
y sus guardapiés las majas,
sus bendiciones los clérigos;
los galanes, la enamoran
con memoriales en verso,
y si alguna vez enferma,
ven su altar de círios llenos,
la Vírgen de la Paloma
y el Cristo de los Remedios.
La pinta Goya en tapices,
la cantan coplas los ciegos
y la dedican las suertes
Costillares y Romero.
Moratin la escribe cartas,
Melendez la hace sonetos

y con su amistad se honran
Jovellanos y Cienfuegos.
Ninguna dama en la córte,
ninguna mujer del pueblo,
tiene mano más pulida,
ni tiene el pié más pequeño.
Es ídolo de los pobres,
imán de los caballeros,
envidia de las mujeres
y primer dama del reino.
Sus locuras y grandezas,
no se reducen á cuento,
porque enjuga muchas lágrimas
y á muchos trastornó el seso.
Don Juan, ya ves en retrato,
tu novia de cuerpo entero;
ahora, ven, ponte aquí enfrente,
contémplate en ese espejo (Llevándole de la mano.)
y díme cuál de los dos
piensas que será el camello.

ESCENA IV.

Dichos.—LAS DUQUESAS DE MALVA *y* BUENAFUENTE.—LA CONDESA DEL TRONCO VIEJO.—*Tropel de máscaras, y* GUARDIAS DE CORPS.—*Luego,* ENRIQUE *y* MICHANA, *con dominós negros.—Todos con antifaz, menos los Guardias.*

BUENAFUENTE.

Qué alegres conversaciones!...

MALVA.

La córte está muy contenta!...

CONDESA.

Es que esta noche, se cuenta
mucho nuevo en los salones.

MALVA.

Don Juan, qué linda locura!...

Con que un escolar travieso
ha dado en público un beso
y un abrazo á tu futura?

RIAS.

Y tu amor eso consiente?

BUENAFUENTE.

Qué humillacion!... (Acosándole.)

MALVA.

Oh qué mengua!...

DON JUAN.

Qué larga teneis la lengua!...
Está ya en la cárcel!... (Con énfasis.)

ENRIQUE. (Dentro.)

Miente!...

DON JUAN.

Qué es esto?

CONDESA.

Esa voz!...

CONDE.

De dónde,
ó por qué lado ha salido?...

MALVA.

Capitan, te han desmentido!...

DON JUAN.

Pero quién?... (Mirando á todos lados.)

CONDE.

Nadie responde.

CONDESA.

Don Juan, cuéntanos despacio
eso del rizo.

RIAS. (Aparte á Malva.)

Valor!...

CONDESA.

Porque interesa al honor
de las damas de palacio.

BUENAFUENTE. (Aparte á Malva.)
Por Dios, tened sangre fria!...
CONDESA.
Cómo tomar por señoras
tres majas y á tales horas,
en una botillería?
RIAS.
Qué excesos tan deplorables!... (Con énfasis.)
DON JUAN.
Hay varios guardias heridos!...
BUENAFUENTE.
Y al cabo, fueron cogidos
por la ronda los culpables?...
CONDESA.
Quiénes ellas pueden ser?
MALVA. (Aparte.)
Fria estoy, como el granizo!...
DON JUAN.
Solo hay dos pruebas: un rizo
y un zapato de mujer.
RIAS.
Pero no hay quien se propase
á decir?...
DON JUAN.
Segun es fama,
hay de por medio una dama
de elevadísima clase.
MALVA.
Es aventura muy bella
y escita grande interés!...
BUENAFUENTE.
Descúbrenos á las tres. (Con gazmoñería.)
CONDESA.
La del rizo!...
RIAS.
Quién es ella?...

DON JUAN.

Me tomais por algun fraile
novicio?... no sois discretos!...
Ir á confiar secretos
en palacio, y en un baile!...

MICHANA.

Sus nombres no más!... (Abriéndose paso.)

DON JUAN.

Curioso!...
Contesto á tanta pregunta,
que hay levantada una punta
de este velo misterioso.
Y aun añadiré, por fin...
con reserva... que no en balde,
allí mismo, halló el alcalde
un primoroso chapin.
Pues por dentro tiene, encima,
el nombre del zapatero
y debajo, este letrero:
«real maestro de obra prima.»

CONDESA.

Oh, qué horror!... me escandalizo!...

DON JUAN.

Urge aclarar este lance.

CONDESA.

Y saber á todo trance,
quién es la dama del rizo.

RIAS.

En palacio se halla el Judas
y es preciso dar con él!...
(Aparte.) Qué tal hago mi papel?

DON JUAN.

Pronto saldremos de dudas.

MALVA.

Y á tí, ninguna te asalta?

DON JUAN.

Quién habrá que dudar pueda,
comparando el que le queda
con el rizo que le falta?

CONDESA.

Las que arrastran por el fango
los timbres de sus mayores,
ya no alternarán, señores,
con personas de mi rango.

MICHANA.

Don Juan, nada te embarace;
tienes para hablar permiso (Con socarroneria.)
y estás en el compromiso
de contar el desenlace.

ENRIQUE.

Si el capitan no acabó (Poniéndose en primer término.)
y el desenlace recata,
puesto que de hablar se trata,
voy á complaceros yo.
En claro nada resulta,
aunque detalles se junten:
no ha de haber quienes pregunten
dónde ese rizo se oculta?

CONDESA.

Es verdad.

DON JUAN.

Lo sabreis vos?

CONDE.

Pareceis muy enterado!...

ENRIQUE.

Ese rizo se ha rifado
entre los guardias de Cos. (Sensacion.)

DON JUAN.

Soy su jefe, caballero;
decidme quién sois y hablad;

quiere hacer Su Magestad
un castigo muy severo.

CONDE.

Quien la acusacion sostiene,
las pruebas debe añadir
y está obligado á decir
ahora mismo quién le tiene.

ENRIQUE.

Muy difícil es la empresa;
quien le tenga, callará,
porque ocultar la verdá,
más que á nadie le interesa.
Pero si no me es posible
saber en donde paró,
para hallar quién le cortó
hay una prueba infalible.
Señores, no profetizo
quiénes tendrán más ventajas,
porque una de las tres majas
perdió en la refriega un rizo.
Mas tambien sacó su escote,
porque entre su blanca mano,
de aquel ofensor villano
quedó parte del bigote.

MICHANA.

Y apropósito, Don Juan,
por qué te has quitado el tuyo?

ENRIQUE.

Dos palabras y concluyo.

MICHANA. (Aparte á Don Juan.)

Donde las toman las dan!...

DON JUAN.

La nieve de la vejez,
le habia puesto muy blanco.
(Aparte.) O yo su lengua le arranco,
ó me descubre otra vez.

CONDESA.

Si tú por mágico hechizo,
tienes de todo la clave,
que diga el que tanto sabe,
quién es la dama del rizo?
Si á través de un claro prisma
vieras todo...

ENRIQUE.

Lo veré!...
Y quién sabe si estaré
hablando con ella misma!... (Sensacion,)

CONDE. (Aparte.)

Esto se pone muy sério.

ENRIQUE.

No tanto os turbeis, señora, ([illegible] sorna.)
que no ha sonado aun la hora
de aclarar este misterio.

MALVA. (Aparte.)

Sois demasiado atrevido.

CONDESA. (Aparte.)

Y en silencio he de sufrir!...
No me puedo descubrir,
delante de mi marido!...

ENRIQUE.

Mas ahogad vuestra malicia,
que acaso mucho os importe,
porque circula en la córte
una secreta noticia. (Todos se ugrupan.)
Supo el Rey lo que acontece
y ese chapin quiso ver,
que no de pié de mujer,
sino de niña parece.
Llamó á Nicolás Horacio,
el único zapatero
que sabe el pié verdadero
de las damas de palacio.

CONDESA.

No es preciso decir más.

MALVA. (Aparte.)

Me vá á perder, ó me salva?

CONDESA.

Es la duquesa de Malva!...

ENRIQUE.

Eso dijo Nicolás.

MALVA.

Ah!...

RIAS. (Aparte.)

Nos pierde!...

CONDE.

Invencion suya!...

DON JUAN. (En ademan amenazador.)

Tiemblen los calumniadores!...

ENRIQUE.

Si á comerme vais, señores,
esperad á que concluya.
El Rey ha sido engañado;
la de Malva tiene un pié,
que se mira y no se vé!...

DON JUAN.

Luego el chapin?...

CONDE. (Mirando á todos lados.)

No hay cuidado.

ENRIQUE.

Horacio, que canas peina,
y otros que le han visto bien...
dicen que es...

CONDESA.

De quién?...

TODOS.

De quién?...

ENRIQUE.

De Su Magestad la Reina!!... (Gran sensacion.)

MUSICA.

CORO.

Esta escena, señores,
puede tener mal fin;
el lance se complica,
marchémonos de aqui. (Retirándose.)

ENRIQUE.

Siento de mis mentiras
no poderme reir.
Los cascos de esta bomba,
á muchos van á herir.

DON JUAN. (Aparte.)

Somos perdidos, Conde!...

CONDE. (Aparte.)

Quién fuera á presumir
que estuviese encerrada
Su Magestad allí!...

MICHANA.

Turba de majaderos!...
Quién os fuera á decir
que un estudiante hambriento
os engañára asi!...

RIAS. (Aparte.)

El mozo, ¿qué os parece?

BUENAFUENTE.

Que vale un Potosí.

MALVA.

Se expone el temerario,
por defenderme á mí!...

CONDESA *y* CORO.

Esta escena, señores,
puede tener mal fin;
el lance se complica,
marchémonos de aqui.

(Se alejan lentamente y las voces se apagan por grados.)

ESCENA V.

MICHANA.—ENRIQUE.—DON JUAN y EL CONDE.—*Aquellos, en primer término. Los segundos, esperan que se vayan todos y vuelven al proscenio.*

HABLADO.

DON JUAN.

Vuestros nombres, caballeros?...

CONDE.

Se trata de un caso de honra.

ENRIQUE.

Para darnos hora y sitio,
quiénes somos nada importa.

DON JUAN.

Os equivocais; los nobles,
cruzan de una parte á otra
sus honrosos apellidos,
ántes de cruzar sus hojas.

ENRIQUE.

Podeis pregonar los vuestros,
á fé que nadie os lo estorba.

MICHANA.

Mas si descendeis vosotros
de doña Juana la Loca
ó del hueso primo hermano
del zancarron de Mahoma,
aquí teneis dos Adanes,
que al mismo Adan se remontan.

CONDE.

Quién os presentó en palacio?

DON JUAN.

Quién en la córte os abona?

MICHANA.

Nos presentaron las piernas,
que segun veis, no son flojas.

ENRIQUE.

Y dos soberbias espadas
responden por nuestras obras.

CONDE.

Quién sois, que tan enterado
estais en lo de Canosa?

ENRIQUE.

Descubrir á la del rizo,
más que á vos, á nadie importa... (A don Juan.)
Estais próximo á casaros
y vuestra prima es tan loca!...

DON JUAN.

Caballero, esa calumnia,
solo con sangre se borra!...

ENRIQUE.

En palacio estoy seguro,
desafio vuestra cólera.

MICHANA.

Calma, venerable anciano!...

D. JUAN. (Aparte.)

Conde, los celos me ahogan!...

CONDE.

O nos revelais los nombres
de las majas de Canosa,
ó sois preso, por insultos
hácia una augusta persona.

ENRIQUE.

No valemos todos cuatro,
con oro, poder y gloria,
el chapin de una mujer
jóven, honrada y hermosa.

CONDE.

Es decir, que despreciais

mis amenazas?...

ENRIQUE.

Sí, todas.

DON JUAN.

Pero abrigais la esperanza
de ver la lucha dudosa?...

ENRIQUE.

Al contrario, estoy seguro
de conseguir la victoria.

CONDE.

Contais buenos aliados,
influencias poderosas?...

ENRIQUE.

Cuento con mi buena suerte
y vuestra torpeza.

MICHANA.

Sobra.

D. JUAN.

Os he de matar!...

ENRIQUE.

Lo dudo.

CONDE.

Os voy á perder!...

ENRIQUE.

No importa.
La palabra que pedís,
nunca saldrá de mi boca;
ni con valor se conquista,
ni con dinero se compra.

MUSICA.

DON JUAN. (Llamando.)
Hola!... señores guardias!...
venid!... venid acá! (Llegan varios.)
Qué pruebas, caballero,

teneis para mezclar
en una baja intriga
la augusta Magestad?
Yo, de los reales guardias
de Corps el capitan,
velo por el decoro
de la familia real.

ENRIQUE.

No teneis, por lo visto,
mal modo de velar,
cuando á la misma Reina
osásteis profanar!...

MICHANA.

Canosa, el botillero,
pregonándolo vá;
y además vuestro rostro,
que tan pelado está.

CONDE.

Qué rango aqui os abona?
Decid quién sois, y hablad.

DON JUAN.

Yo por el Rey, os mando
quitar vuestro antifaz.

MICHANA. (Aparte á Enrique.)

Hacer aqui es preciso
una barbaridad!... (Habla aparte con el Conde.)

ENRIQUE.

Me descubro á vos solo,
venid aqui, Don Juan. (Se van á un extremo.)

CONDE.

El chapin de la Reina!..

MICHANA.

Que os puede hacer ahorcar.

ENRIQUE. (Aparte á Don Juan.)

Si proferís ahora
una palabra más,
quién ha cortado el rizo
sabrá Su Magestad.

MICHANA.

En prueba de que es cierto,
venid, Conde, y mirad.

(Descubriendo á Enrique instantáneamente.)

DON JUAN.

Cielos!... el estudiante!...

CONDE. (Aparte á Don Juan.)

El favorito real!...

MICHANA. (Aparte al Conde.)

Si el rizo de esa dama
me lograis entregar,
interpondré mi influjo
y os hacen General.

DON JUAN.

Pendiente está mi vida
de un rizo nada más.

CONDE.

Si salgo de este embrollo,
no vuelvo á refrescar.

DON JUAN.

Es alto personaje!... (Aparte á los guardias.)
Os podeis retirar. (Se van.)

CONDE. (Aparte.)

El decreto?

MICHANA. (Aparte.)

Ahora mismo.
Mi palabra!... (Con magestad.)

CONDE.

Tomad!... (Dándosele.)

Á CUATRO.

DON JUAN.

Yo sospecho
que hemos hecho
una gran barbaridad,
si el maldito
favorito
lo cuenta á Su Magestad.

CONDE.

Si le choco
yo á este loco
estudiante de Alcalá,
doy un salto
por lo alto,
y me nombran General.

MICHANA.	ENRIQUE.
Por ensalmo,	Un romance
con un palmo	de este lance
de narices quedarás.	nos acaba de librar;
Grita mico,	otro escollo
que en tu hocico,	en este embrollo,
el baston no te dará.	nos hiciera naufragar.

(Vánse Don Juan y el Conde.)

ESCENA VI.

ENRIQUE *y* MICHANA, *que se quitan sus dominós y los arrojan por los balcones.—Aquel queda en traje de puritano, y éste de loco.*

ENRIQUE.

(No es cosa de ir á presidio
por calumniar á la Reina!...)

MICHANA.

(Creo que puede ir comprando
el baston y las espuelas.)

ENRIQUE.

Al campo!... (Arrojando el dominó por el balcon.)

MICHANA.

Por el decreto
puede venir cuando quiera. (Haciendo lo mismo.)

ENRIQUE.

Tú tambien!... (Viendo á Michana transformado.)

MICHANA.

De piel mudamos
lo mismo que las culebras!...

ENRIQUE.

Para salvar las tres majas,
todas las armas son buenas.

MICHANA.

Gran traje de puritano!...

ENRIQUE.

Me le hicieron poner ellas
en el vestuario de damas,

donde estaba, segun cuentan,
para cambiar de disfraces
el Marqués de la Rivera.

MICHANA.

Toma el rizo, que cortaron
anteanoche á la Duquesa.

ENRIQUE.

Ven á mis brazos, Michana!...

MICHANA.

Mejor á los suyos fueras!...

ENRIQUE.

Deja que le dé mil besos!...

MICHANA.

Enrique, no te enfurezcas!...
Pienso que te le comias,
si aun se hallára en su cabeza!...

ENRIQUE.

Y en tu poder?...

MICHANA.

Por un grado
de General, en cartera.

ENRIQUE.

No entiendo.

MICHANA.

Piensan que tienes
grande influjo con la Reina.

ENRIQUE.

Me suponen...

MICHANA.

Favorito.

ENRIQUE.

Tanto mejor!... no me pesa.

MICHANA.

Pero chico, has calculado
un buen plan, una estrategia
para salir esta noche

del conflicto en que te encuentras?

ENRIQUE.

Cá!... no te apures.

MICHANA.

Me admira
tu calma, y tu desvergüenza...

ENRIQUE.

Cómo ha de ser!...

MICHANA.

Pues escucha,
que aquí los instantes vuelan.
La de Malva está sin rizo
y con cola no se pega;
á imitacion de Don Juan,
armémonos de tigeras
y á bailar la zarabanda
saquemos á dos parejas;
yo, pondré la zancadilla
á la mia y dará en tierra;
tú, que has de venir siguiéndonos,
con la tuya en mí tropiezas
y detrás caen abrazadas
á otros tres, las tres Duquesas,
entre un barullo de gritos,
en que nadie aquí se entienda.
Tú, robas algun zapato,
corto un rizo á mi pareja
y huimos entre el tumulto,
cada cual por donde pueda,
mientras llorando y sin rizo,
se descubre la Duquesa,
pidiendo á gritos venganza
del crímen y de su afrenta...

ENRIQUE.

Y si sacas algun ojo,
sin querer, con las tigeras?...

ademas, si nos descubren,
las deshonramos á ellas
y nos perdemos nosotros.
No!... rechazo tu sistema;
acusa muy pobre ingenio
apelar á la violencia
y siempre la diplomácia,
es preferible á la guerra.

MICHANA.

Entonces...

ENRIQUE.

Véte al momento,
búscalas y dí que vengan.

MICHANA.

Aguardas aquí?

ENRIQUE.

Sí, corre.

MICHANA.

Nos ahorcan de esta hecha!... (Váse.)

ESCENA VII.

ENRIQUE.

Qué se encierra en este espacio?
Por qué se turba la mente
del que respira el ambiente
fascinador de un palacio?
Qué hay aquí para trocar
y ver siempre convertido
el ingenio exclarecido
en espíritu vulgar?
No me dejes de tu mano,
ni me abandones, fortuna,
que tú has mecido la cuna
de Enrique Sanchez Toscano.

Vírgen de la inspiracion,
alumbra mi inteligencia,
que limpia está mi conciencia
y me sobra corazon!...

ESCENA VIII.

ENRIQUE.—UNA MÁSCARA y LA CONDESA, *que se queda en el fondo.*

MÁSCARA.

Chit... chit... eres tú?...

ENRIQUE.

Yo soy.

(Aparte.) Unica vez que no miento.

MÁSCARA.

Nos buscabas?...

ENRIQUE.

Há un momento.

MÁSCARA.

Pues ya no puede ser hoy.
Aunque mi amiga está allí, (Señalando al fondo.)
tambien el otro ha venido.

ENRIQUE.

Cómo el otro?

MÁSCARA.

Su marido!...
por eso me manda á mí.
Tu traje reconocimos...
No te acerques.

ENRIQUE.

Vá tapada?

MÁSCARA.

Lleva capucha morada.
Buena noche nos perdimos!...

ENRIQUE.

Oh, qué lástima!...

MÁSCARA.

Eso es!..
qué ocasion se desperdicia!...

ENRIQUE.

Y el otro?

MÁSCARA.

Nada malicia.
No la culparás, Marqués!...
La puerta del camarin,
con esta llave se salva. (Dándosela.)
Adios!... al rayar el alba,
por la verja del jardin. (Váse.)

ENRIQUE.

Oye, mujer ó vision!... (Corriendo tras ella.)
Me obligará á que la siga...
Ah! ya conozco tu amiga,
ella es nuestra salvacion!...
(Vá á salir por el fondo, cuando las Duquesas le detienen.)

ESCENA IX.

ENRIQUE.— *Las tres* DUQUESAS.—*La de* MALVA, *en traje de peregrina, compuesto de un hábito oscuro ceñido á la cintura, y una esclavina muy corta, sembrada de conchitas de plata; sombrero inclinado, para cubrir la falta del rizo.*

ENRIQUE.

Peregrina seductora!...

MALVA.

Eres tú quien nos espera?

ENRIQUE.

Si eres quien mi auxilio implora,
no me dejarás siquiera

que admire tu faz divina,
seductora peregrina!
Si en tu precioso cabello
no te falta ningun rizo,
si todo lo tienes bello,
por qué ocultas tanto hechizo
que al mirarte se adivina,
seductora peregrina?
No sé encontrar tu figura,
entre tan lindas mujeres,
ni tu pié, ni tu cintura;
si la que busco no eres,
por qué á tí el alma se inclina,
seductora peregrina?

MALVA.

Luego quien habla no ignora,
por un bofeton y un beso...

ENRIQUE.

Que viene á dejar ileso
el honor de una señora.

MALVA.

Si, con la ayuda de Dios,
nos dais el triunfo completo,
yo desde ahora os prometo
un premio digno de vos.

ENRIQUE.

Quien, como yo, vino aquí,
nada exige, nada espera;
ese convenio no fuera
digno de vos, ni de mí.

MALVA.

Y si el ser mi defensor,
vuestra desgracia ocasiona?

ENRIQUE.

Y qué vale mi persona,
en salvando vuestro honor?

Pagado está con largueza,
el más descontentadizo!...
Mirad!... soy dueño de un rizo
de vuestra hermosa cabeza!... (Besándole.)
Por lo rubios y lo bellos,
en vos, no sospecharán?

MALVA.

Siempre me ha visto Don Juan,
empolvados los cabellos.

ENRIQUE.

Si ahora os ven, no cabe duda,
sin el rizo estais muy mal!...
una idea...

RIAS.

Pero cuál?

ENRIQUE.

Invencion, ven en mi ayuda!...

BUENAFUENTE.

Decid!...

RIAS.

Decid!...

MALVA.

Nada temo!...

ENRIQUE.

Ni os podeis pegar el rizo,
ni ponérosle postizo,
pero hay un recurso extremo.
Prometeis obedecer?

LAS TRES.

Ciegamente.

ENRIQUE.

Lo primero,
es cortar el compañero.

MALVA.

Oh!... jamás!...

ENRIQUE.

Al fin mujer!...

MALVA.

Y qué logro, si obediente...

ENRIQUE.

Un resultado indudable;
convertir solo en probable,
lo que ahora es evidente.
Condicion esencial es
sacrificar en la intriga,
por el honor de la amiga,
la vanidad de las tres.
Para que su plan aborte,
las tres cabezas ducales
han de aparecer iguales,
al descubrirse la córte.
Si con variar los peinados
se consigue, nada temo;
pero en el último extremo,
serán los rizos cortados?...

MALVA.

Aunque ese nuevo artificio
me salvaria quizás,
no debo aceptar jamás
tan horrible sacrificio.

BUENAFUENTE.

La victoria está suspensa
y su honor es lo primero.
Vos envolveis, caballero,
en la pregunta una ofensa.

RIAS.

Y mi zapato?...

ENRIQUE.

No sé;
dejadle, señora mia;
quién aquí se atreveria

á probarle en vuestro pié?
Vos, cortando por lo sano,
no ireis á buscar un susto:
la que da un pié, por su gusto,
se deja tomar la mano.

RIAS.

Aun estais para epigramas?...

BUENAFUENTE.

No perdamos un momento.

MALVA.

Voy á sufrir mi tormento,
en el tocador de damas.

ENRIQUE.

Nada esta noche os espante.
Prometeis?...

LAS TRES.

Sumision ciega!...

ENRIQUE.

Ea pues!... á la refriega!...

BUENAFUENTE.

Manda en gefe el estudiante.

MALVA.

Dudas no teneis?...

ENRIQUE.

Ninguna;
con mi audácia les confundo!...

MALVA.

Enrique, Enrique!...

ENRIQUE.

En el mundo,
es de audáces la fortuna!... (Se ván ellas.)

ESCENA X.

ENRIQUE.

En un lado, un estudiante
y en otro, dos cortesanos;

es decir, una sardina,
frente á frente de dos gansos.
Aquí el pez es el más ágil;
si ellos tiran picotazos,
él zambulle y les devora
á mordiscos por debajo.
El génio de la opulencia,
sobre un soberbio caballo,
persigue al hambre, que toma
mi forma, de cuando en cuando.
El tira botes de lanza,
pica espuelas, vuelve rápido
y el hambre monta á la grupa
y se come á su contrario.
Yo he tenido á bien nombrarme
gran tigera de palacio:
quien se descuide esta noche,
no hay duda, amanece calvo.

ESCENA XI.

ENRIQUE.—LA CONDESA, *de máscara.*

ENRIQUE. (Aparte.)
Ah !... la capucha morada !...
CONDESA.
Marqués, te andaba buscando.
ENRIQUE.
Y yo á tí.
CONDESA.
Tengo que hablarte.
ENRIQUE.
Y yo.
CONDESA.
Pues dame tu brazo.

ENRIQUE.

Ya sabrás que hay en la córte
revolucion de peinados?... (Paseándose.)

CONDESA.

Nada sé.

ENRIQUE.

Moda de Francia,
á lo trovador normando;
la malenita redonda
y los dos rizos cortados.

CONDESA.

Imposible!...

ENRIQUE.

Muchas damas
vás á ver, dentro de un rato.

CONDESA.

Nunca aceptaré esa moda.

ENRIQUE.

Poco á poco, más despacio.
Y si yo tuviera antojo
de ver en tí ese peinado?...

CONDESA.

Yo cortarme los dos rizos!...

ENRIQUE.

Los dos rizos no, no tanto;
quiero hacerte alguna gracia,
uno basta para el caso.

CONDESA.

Esta es una trama infame!...
Jamás!... jamás!... (Soltándose.)

ENRIQUE.

Toma el brazo.

CONDESA.

Pero quién sois!

ENRIQUE.

Ven conmigo;

soy llavero de tu cuarto. (Enseñándola la llave.)

CONDESA.

Estoy perdida!...

ENRIQUE.

No temas.

CONDESA.

Y mi secreto!

ENRIQUE.

Le guardo.

(Aparte.) Necesitaba una víctima
y la suerte me la ha dado. (Se van por la derecha.)

ESCENA XII.

GUARDIAS DE CORPS *y* MÁSCARAS.—CORO DE AMBOS SEXOS.—DON JUAN *y* EL CONDE, *todos por el fondo.*

MUSICA.

CORO DE DAMAS.

En una súcia botilleria,
que tiene honores de bodegon!...
quién lo pensara! quién lo diria!...
qué vergonzosa profanaciou!...

CORO DE HOMBRES.

Máscara linda, que así murmuras,
pues tú no sabes aan lo mejor;
que halló el alcalde el cuarto á oscuras
y ellas con ellos!...

DAMAS.

Jesús, qué horror!...

TODOS.

En una súcia botilleria!...
que tiene honores de bodegon!...
quién lo pensara!... quién lo diria!...
qué vergonzosa profanacion!...

DON JUAN.

Amigo Conde, lo de Canosa

se va poniendo mucho peor.

CONDE.

Don Juan amigo, calamitosa
veo la noche para los dos.

HOMBRES.

Cuentan de un rizo y de un zapato...

MUJERES.

Hay de por medio, guardias de Cos.

HOMBRES:

Qué desvergüenza!... qué desacato!...

MUJERES.

Qué escandalosa profanacion!...

CONDE. (Aparte.)

Si el favorito no me proteje,
adios mi faja y adios baston.

D. JUAN. (Aparte.)

Como este lance no se despeje,
nos quema vivos la inquisicion.

COROS.

Cuentan de un rizo y de un zapato...
—Hay de por medio guardias de Cos.
—Qué desvergüenza!... qué desacato!...
—Qué escandalosa profanacion!...

ESCENA XIII.

Dichos.—Las tres Duquesas *y* Enrique, *por el fondo.—Luego* Michana, *dando el brazo á la* Condesa, *por la derecha.—Llegan todos sin antifaces.*

ENRIQUE.

Damas y caballeros,
os podeis descubrir,
porque Sus Magestades
se han descubierto al fin. (Todos se descubren.)

DUQUESAS.

Mirad nuestros peinados;

os gustan mucho?

CORO.

Sí.

DUQUESAS.

Es una nueva moda,
venida de Paris.

ENRIQUE.

Las tres lindas Duquesas
la han aceptado?

DUQUESAS.

Sí,

ENRIQUE.

Mañana será moda
general en Madrid.

MICHANA. (Saliendo.)

Mi pareja, no tuvo
tiempo de concluir;
cortóse un rizo solo,
y se ha quedado así.

CONDE.

Mi mujer!...

CORO.

La Condesa!... (Apartándose todos.)

CONDE.

Todo lo comprendí. (Dándose una palmada en la frente.)

DON JUAN.

No entiendo una palabra
de todo cuanto ví.

CONDE. (Aparte.)

El rizo no era suyo!...
Todo lo comprendí!...
Mi mujer es la mártir!...
Salvó á la reina, sí;
y por salvarla á ella,
me sacrifica á mí.

MALVA.

Os doy un premio

digno de vos,
el otro rizo... (Dándoselo á Enrique.)
Ya teneis dos.

ENRIQUE.

Cabellos de oro,
para mí son
más que un tesoro
de gran valor.

RIAS *y* BUENAFUENTE. (A Malva.)

Él vuestra honra
solo salvó...
merece un premio
digno de vos.

DON JUAN *y el* CONDE.

Hemos quedado
por conclusion,
nada lucidos
aqui los dos.

MICHANA.

De esta pareja
líbreme Dios!...
hiere mi limpia
reputacion.

CONDESA.

Horrible noche!...
funesto error!...
cara me cuesta
mi salvacion!...

CORO.

La de Canosa
ya pareció!...
es la Condesa!...
Jesús, qué horror!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Locutorio, dentro de clausura, del convento de las Salesas Reales. Decoracion cerrada, formando martillos en primer término, de modo que estén casi frente al público dos grandes y espesas rejas, cubiertas con cortinas moradas. En el lienzo de la izquierda del espectador, un torno practicable, y en el de la derecha, una estantería de nogal con cajones, que se han de abrir á ambos lados del muro; la altura del mueble, no ha de pasar del pecho, ni exceder de un pié el saliente sobre la pared en que se halla incrustado. Dos puertas al fondo: la izquierda, más pequeña y con postigo, conduce al exterior del convento; la derecha da paso á los cláustros. Una mesa de nogal, junto á la cajonería. Sillones de baqueta, cuadros religiosos, una imágen de la Vírgen al frente, y debajo una pila de agua bendita. La cajonería, comunica con la sacristía y se ha de ver á través de la reja inmediata; el torno dá al locutorio exterior y debe verse tambien por la reja de la izquierda, así como una campana puesta á su inmediacion.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE COLEGIALAS *á la izquierda.—Las tres* DUQUESAS *á la derecha.—La puerta de los cláustros abierta y una educanda de atalaya.*

INTRODUCCION.

CORO.
La madre Sor Inés (Gangueando.)
á todas nos mandó
que huyamos de las tres,
cual mala tentacion.
Jesús!... Jesús!...
(Haciendo la cruz con las manos y retirándose.)
Pongámosles la cruz!...

Jesús!... Jesús!...
Pongámosles la cruz!...

Gran lástima que es!... (En voz natural.)
maldita tentacion!...
Qué alegres son las tres
y qué bonitas son!...
Jesús!... Jesús!...
Qué lástima de cruz!...
Jesús!... Jesús!...
Qué lástima de cruz!...

MALVA. (Con afectacion y burlándose de las colegialas.)
Graciosas señoritas,
ornato del convento,
no estamos aun malditas,
ni hagais tanto aspaviento.

CORO.
Jesús, qué atrevimiento!...

RIAS.
Llegad, lindas hermanas,
á tres buenas cristianas,
que nuestros pecadillos
la Vírgen perdonó.

CORO. (Retirándose.)
No, no, no, no!...
Jesús!... Jesús!...
Pongámosles la cruz!...
Jesús!... Jesús!...
Pongámosles la cruz!...

BUENAFUENTE. (Con mucho misterio.—Las chicas se van acercando.)
No sabeis
lo que os perdeis!...

CORO.
Decid, decid!...

BUENAFUENTE.
Nuestras muchas aventuras

y amorosas travesuras,
que se cuentan por Madrid.

CORO. (Abriendo un palmo de ojo, echándose encima y oprimiendo á las Duquesas.)
Decid, decid, decid, decid!...

RIAS.

Y el arte más precioso
que debeis aprender:
saber de los galanes
el haceros querer.

CORO.

A ver?... á ver?... á ver?... á ver?...

MALVA.

Oh turba inquieta y loca,
dejadnos respirar!...
atrás!... que nos sofoca
el aura popular. (Pasa á la izquierda.)

CORO.

Hablad!... hablad!... hablad!... hablad!...

(Las Duquesas se oprimen la nariz con dos dedos y cantan en tono gangoso, parodiando la música anterior.)

DUQUESAS. (Pasando á la derecha, seguidas de las turbas.)
La madre Sor Inés
á todas os mandó
que huyérais de las tres,
cual mala tentacion.

CORO.

Perdon!... perdon!...
siquiera una leccion!...

DUQUESAS.

Jesús!... Jesús!...
Pongámosles la cruz!...

CORO.

Entrais de Salesas,
señoras Duquesas?
Quereis con nosotras
quedaros aquí?... (Bulliciosamente y echándose encima.)

DUQUESAS.

Sí, sí, sí, sí.

CORO.

Victoria, novicias!...
¡qué buenas noticias
las tres colegialas
nos van á decir!...

DUQUESAS.

Sí, sí, sí, sí.

CORO.

Ay qué fortuna!.,.
Ay qué contento!...
Ya no hay pesares
en el convento!...

(Durante estos cuatro versos, se cogen las educandas y Duquesas de dos en dos, formando rueda, y despues tararean graciosamente unos compases que siguen, indicando al mismo tiempo, una sencilla figura de los bailes del siglo pasado.)

UNA COLEGIALA. (Desde la puerta.)

Apriesa!... apriesa!...
que llega la Abadesa...

(Grito de espanto; corren las educandas á la izquierda y las Duquesas á la derecha, colocándose como al levantarse el telon.)

ESCENA II.

Dichas.—LA ABADESA, *que llega pausadamente mirando á todos lados y tomando rapé.*

CORO.

La madre Sor Inés, etc. (Como al principio.)

(Se alejan las niñas muy despacio, haciendo señas á hurtadillas á las Duquesas, que están en primer término, para que no crean aquello de

Jesús!...! Jesús!...
Pongámosles la cruz!...

(Las Duquesas corresponden del mismo modo.)

ESCENA III.

LA ABADESA y LAS DUQUESAS, *muy contritas.*

HABLADO.

ABADESA.

Qué vergüenza, qué descrédito
para la comunidad!...

MALVA.

Perdone, madre abadesa... (Con humildad.)

BUENAFUENTE.

Las grandes toman á mal
que seamos más bonitas
que la generalidad...

ABADESA.

Oigan á la presuntuosa,
la damisela en agraz!...

RIAS.

Madre, tenemos la culpa
de que nos quieran?... A más,
la gratitud nos obliga
á dejarnos requebrar.

ABADESA.

Buenos frutos dá el convento
y buenos pimpollos dá!...
Las niñas que yo educaba
con tanta severidad!...
Pero en qué tiempos vivimos?...
Dónde vamos á parar?
El deber de toda vírgen,
cuando la mira un galan,
es poner la vista en tierra,
ruborizarse y marchar
con sumo recogimiento,
sin volver la cara atrás.

BUENAFUENTE.

Y si la llaman?

ABADESA.

Prosigue!...

RIAS.

Si la alcanzan?...

ABADESA.

Torcerá.

MALVA.

Si delante se la ponen?...

ABADESA.

Vuelve y no pára jamás.

BUENAFUENTE.

Halla un muro...

ABADESA.

Pide auxilio.

RIAS.

Se le presta otro galan...

ABADESA.

Silencio, que Dios prohibe
ya tanta curiosidad!...
(Aparte.) Tienen estas talluditas
por aprender un afan!...

MALVA.

Ay madre mia!... los hombres
estudian con Satanás...
Hasta en las cuarenta horas,
los muy judíos, están
sin quitarnos nunca el ojo,
viéndonos pestañear
y cada sermon se tragan,
como si fuera un panal.

(La Abadesa se pasea con impaciencia y las Duquesas la persiguen.)

Ellos nos ponen el ruedo
al irnos á arrodillar,
y cuando estamos cansadas,

nos ofrecen un sitial.
Ellos, el agua bendita
nos dan al salir y entrar,
dirigiéndonos palabras
de tierna fraternidad.

RIAS.

Y cuántas veces dos hombres
vánse alegres á matar
tal vez por una sonrisa
de indiferencia glacial,
ó acaso por una lágrima
que no comenzó á rodar!...

MALVA.

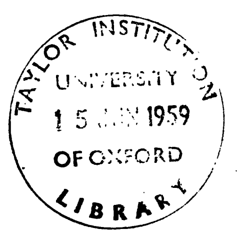
Las fieras mismas, no lamen
la mano que les dá el pan?
Cómo vos, madre abadesa,
nos llegais á aconsejar
que á los pobrecitos hombres
paguemos el bien con mal?
Vos, que predicais al prójimo
las virtudes sin cesar,
pedireis que medio mundo
deteste á la otra mitad?

RIAS.

Entre qué gentes vivimos?

BUENAFUENTE.

Dónde vamos á parar?



MALVA.

No pretendais de nosotras
tan horrible crueldad!...

BUENAFUENTE.

Pobrecitos!... pobrecitos!... (Enternecida.)

RIAS.

Ingratas, nunca!... (Idem.)

MALVA.

Jamás!... (Llorando.)

ABADESA. (Aparte.)

Van á levantar de cascos
toda la comunidad,
si no impido en el momento
que se hablen con las demás!...
(Alto.) Ya no extraño que en clausura
os ponga Su Magestad,
y en clausura rigorosa,
hasta que os debais casar.
Teniais alborotado
á todo el palacio real.
Habeis hecho que se arruinen
muchas grandes, por sacar
modas francesas de un lujo
deslumbrador, oriental.
Hay guardias de Corps heridos
y estudiantes de Alcalá,
y habeis vuelto loco al viejo
embajador del Sultan,
con esas medias de seda
que os poneis para bailar.
La córte se escandaliza
con la fiesta original,
que tuvísteis la otra noche,
en los salones que dan
á la calle de Gitanos!...

MALVA.

No hay más, señora?...

ABADESA.

No hay más.

RIAS.

Es...

ABADESA.

Silencio, señorita!...
Oiga, hermano sacristan,
(Levantando la cortina que cubre la reja de la derecha.)

¿habeis puesto en los cajones
toda la ropa de altar
de los padres capellanes?

MICHANA. (Dentro.)

Si señora, toda está.

ABADESA.

Ayudadme, pesan tanto!... (Tirando de los cajones.)
Vosotras dos, á planchar
las albas y los amitos.
(Dándoselos á las de Rias y Buenafuente.)
Tú, Isabel, te quedarás
de tornera. (Aparte.) Es la más mala...
Id delante, á trabajar!...
Buen presente con vosotras
nos hizo Su Magestad!...

RIAS. (Aparte.)

Como no me robe alguno,
me voy yo misma á robar. (En acento dramático.)

BUENAFUENTE. (Aparte.)

Que venga un raptor!... le pido
con mucha necesidad!... (Salen.)

ESCENA IV.

La Duquesa de Malva.

Qué importa, madre Abadesa,
tanto rondador amante,
si en mi mente llevo impresa
la imágen linda y traviesa
de mi galan estudiante?...
Qué importa que, sin razon,
me censuren de mil modos
por su oscura condicion,
si él más nobleza que todos

abriga en su corazon?
Tan pobre y tan caballero,
con ingenio tan agudo,
qué importa, si yo le quiero,
que no ostente en un escudo
cuatro lobos y un caldero....
Y si al fin nos une Dios,
quién habrá que nos demande,
llevando conmigo en pós
mi nombre sobrado grande
para cubrir á los dos?...

ESCENA V.

Dicha.—LAS DUQUESAS DE RIAS *y* BUENAFUENTE.

RIAS.

Hermana tornera,
qué gran situacion
es la que ocupamos
nosotras y vos!...

MALVA.

Dejais vuestra plancha?

BUENAFUENTE.

Es malo el calor
y en el nuevo oficio,
nos relevan dos
listas colegialas,
pero á condicion,
de darles, en cambio,
lecciones de amor,
que en este convento,
gran moneda son.

RIAS.

Huyeron los dias
de puro candor,

en que yo escuchaba
la armónica voz
del órgano santo
con mudo fervor,
los párpados húmedos
por la devocion.
Hoy, cruzo de noche,
con planta veloz,
los cláustros, que alumbra
un débil farol
y mi larga sombra,
me infunde pavor.
Hoy, turba mi sueño,
en tétrico son,
la péndola triste
de un tardo reló
y cuando despunta
el primer albor,
quiero entre oraciones
bendecir el sol
y una reja oscura
hay entre los dos.
Bóvedas espesas
dan eco á la voz
y muros sombrios
al aire frescor;
mi celda no es celda,
es una prision;
todo me parece
del mismo color,
todo cuanto miro,
hiela el corazon.
Que venga!... que venga!!.
que venga un raptor!...

BUENAFUENTE.

Los momentos pasan,

vámonos por Dios!....

RIAS.

Huir al instante
de esta inquisicion,
á nadie interesa
tanto como á vos.

BUENAFUENTE.

Dareis vuestra mano
á un viejo gruñon,
que en grave peligro
puso nuestro honor?

MALVA.

Palabra maldita,
que el Rey me arrancó!...

BUENAFUENTE.

Pero él no se casa,
os casareis vos.

RIAS.

Vino la dispensa?

MALVA.

Por mi dicha, no.

BUENAFUENTE.

Quereis que á nosotras
nos den otros dos
maridos sin dientes,
por fin de funcion?...

RIAS.

Quereis que á las flores
que el aura besó,
las manche la baba
de un vil caracol?

MALVA.

Huir es preciso,
sí, teneis razon;
me encuentro resuelta.

BUENAFUENTE.
Pues marchémonos.

ESCENA VI.

Dichas.—EL CONDE, *por la reja de la izquierda.*

CONDE.
Ave María, hermana.

RIAS.
Un caballero !... (Atisbando por entre la cortina.)

MALVA.
Y quién es?... (Fingiendo la voz de vieja.)

CONDE.
Soy el Conde
del Tronco Viejo.

MALVA.
Pues hable al torno.

CONDE.
La Duquesa de Malva ?

MALVA.
Está en el coro.

CONDE.
Cómo vos, buena madre,
no estais con ella ?

MALVA.
Porque yo del convento
soy la tornera.
Se halla rezando,
para hacer penitencia
por sus pecados.

CONDE.
Un regalo precioso
traer me manda,
su prometido esposo

Don Juan de Aranda.
Dentro de un hora,
se celebra aqui mismo
la ceremonia...
El Rey...

RIAS.

Muy señor nuestro.

CONDE.

Será padrino
y yo, servidor vuestro,
seré testigo.

MALVA.

Vino de Roma
la dispensa del Pápa?

CONDE.

Ahí vá, señora.
No baja la Duquesa
al locutorio?

MALVA.

Yo diré á la Abadesa
prevenga todo. (Con mucha turbacion.)

CONDE.

Que Dios os guarde.

LAS TRES.

Que la Vírgen María (En voz nasal.)
os acompañe. (Váse.)

(Dán vuelta al torno y colocan los regalos sobre la estantería.)

ESCENA VII.

LAS TRES DUQUESAS.

MALVA.

Ni ya de escapar es tiempo,
ni nadie salvarme puede!...

RIAS.

Sobre los planes de fuga,
debemos cantar un *requiem.*

BUENAFUENTE.

Apechugar con un viejo,
es abrazarse á la muerte !...

MALVA.

A quién poner se le ocurre
el fuego junto á la nieve !...

RIAS.

No perdamos la esperanza;
como el estudiante llegue
en nuestro auxilio, vencemos.

MALVA.

Y entrará...

RIAS.

Por las paredes,
por los cañones del órgano.
Quién á Enrique le detiene ?...

BUENAFUENTE.

Debe saber vuestro apuro.

MALVA.

Si tarda, todo se pierde !...

RIAS.

Quien en casa de Canosa
obró tan bizarramente,
quien os libertó en palacio
de una deshonra solemne,
sin más armas que su ingénio
contra la córte y los reyes,
es capaz de hacer milagros
por la que en silencio quiere.

MALVA.

Dios haga, querida Elena,
que venga pronto, que llegue !...

RIAS.

No sé por qué juraría
que en nuestro socorro viene.

ESCENA VIII.

Dichas.—MICHANA, *por la reja de la sacristía.*

MICHANA. (Dentro.)

Hermanita? (Fingiendo la voz.)

MALVA.

Quién me llama?

MICHANA.

Soy el sacristan.

MALVA.

Qué quiere?

MICHANA.

Para recibir la córte
con la pompa que merece,
hay que adornar los altares,
poner limpios sus manteles
y vestir á San Lorenzo,
que está en carnes desde el viernes.
Ha cabido á duras penas
en el cajon; tirad fuerte,
que yo empujo de este lado.

MALVA.

Dadme ayuda.

RIAS.

Peso tiene
el santo bendito!... (Tirando las tres.)

MALVA.

Cielos!...

(Viendo incorporarse á Enrique.)

BUENAFUENTE.

El corazon nunca miente!...

RIAS.

Vamos á guardar los cláustros,
por si alguno les sorprende. (Salen.)

MICHANA.

El sacristan y su mona,
descansan profundamente.

ESCENA IX.

La de Malva y Enrique.

MUSICA.

DUQUESA.

Mis oraciones
Dios escuchó;
ya está á mi lado,
por fin llegó!...
Nada en el mundo
temo con vos!...
sois mi esperanza,
mi salvacion!...

ENRIQUE.

Cómo, señora,
pensásteis vos
que á ruin olvido
os diera yo?...
Vos sois mi ángel
de adoracion!
vuestra es mi vida,
vuestro mi amor!..,

DUQUESA.

Mis lágrimas, que brotan
y ruedan á porfia,
se tornan de alegria
al veros aqui entrar.
Dejadme que al miraros
mi angustia dulcifique;
hay lágrimas, Enrique,
de inmenso bienestar.

ENRIQUE.

Por vuestras dos megillas
deslízanse dos perlas:
feliz quien al cojerlas
descubra el manantial!...
Feliz quien vuestros párpados

enjugue cariñoso!...
Mas no será el esposo
que os quieren destinar.

DUQUESA.

Yo quiero deber solo
á vos mi libertad;
romped mi casamiento!...
libradme de Don Juan!...

ENRIQUE.

De sospecharlo solo,
dá ganas de llorar,
la cara que pondríais
en brazos de Don Juan.

ENRIQUE.

A los nécios y á los sábios
les gusta ver
asomar entre los lábios
de una mujer,
una sonrisa
voluptuosa ó indecisa;
mas el llanto
las embellece tanto,
que no se puede elegir
sin dudar:
es muy bello su reir
y adorable su llorar.

MALVA.

A los nécios y á los sábios
les gusta ver
asomar entre los lábios
de una mujer,
una sonrisa
voluptuosa ó indecisa;
mas el llanto
nos embellece tanto,
que no pueden elegir
sin dudar:
nos adoran al reir
y nos aman al llorar.

ENRIQUE.
Con sollozos
ó carcajadas,
idolatradas
siempre serán.
Risa ó llanto,
tan peregrinos,
son dos caminos
que al alma ván.

DUQUESA.
Con sollozos
ó carcajadas,
siempre vengadas
nos mirarán.
Risa y llanto,
son dos caminos,
cuyos destinos
á un punto ván.

HABLADO.

ENRIQUE.
No espereis que os diga, no,
en esta ocasion, señora,
que la que mi pecho adora...

MALVA.
Ya lo sabia, soy yo.
Callad, nada quiero oir
de cosa tan conocida.
Quien por mí expone su vida,
¿qué me puede más decir?
Educada entre los reyes,
que dirigieron mi infancia,
acaté sin repugnancia
sus voluntades por leyes.
Mi primo, que es poderoso,
de la niña se prendó
y hasta el Rey me suplicó
le aceptára por esposo.
En quién el ruego no labra!...
luché un dia y otro dia
y en esta cruel porfia,
me arrancaron la palabra.
No deben tener jamás
caprichos los reyes justos,
el más leve de sus gustos,

cuesta llanto á los demás.

ENRIQUE.

Esa palabra ha perdido
desde entonces su valor.

MALVA.

Yo esperé tenerle amor!...

ENRIQUE.

Y el tiempo os ha desmentido.

MALVA.

Aunque por él no me importe,
rechazarle de repente
es traer sobre mi frente
la cólera de la córte.

ENRIQUE.

Uniros al hombre mismo
que por un bárbaro abuso,
hace tres noches os puso,
á los bordes de un abismo!...

MALVA.

Mejor me uniera á un mendigo!...

ENRIQUE.

Pero mozo, emprendedor,
que sienta vida y calor,
y por ejemplo, conmigo!... (Pausa.)

MALVA. (Con alegría.)

Con vos!!...

ENRIQUE.

Os propongo un sueño,
porque mi pasion me exalta!...
Para una mujer tan alta,
soy demasiado pequeño!...
Anduve osado quizás,
mas no pretendo disculpa,
porque no tengo la culpa
de no haber nacido más.

MALVA.

Teneis de amor un tesoro
y un nombre puro, sin mancha;
mi pecho, Enrique, se ensancha
al exclamar: os adoro!... (Con vehemencia.)
Dios borró entre los mortales
los caprichos de la suerte;
nos dió el amor y la muerte
y dijo, «todos iguales.»
Mirad y hacedme justicia!... (Enseñándole un papel.)
Rompo ya todos mis lazos,
por vos, haciendo pedazos
la dispensa pontificia. (La rompe.)

ENRIQUE.

Y si en fugarnos de aquí
está nuestra dicha envuelta?

MALVA.

Huyamos, estoy resuelta!...

ENRIQUE.

Mas por dónde?...

MALVA.

Por allí!... (Señalando los cajones.)
Qué puede haber que me importe,
vos conmigo?... Ni las leyes,
ni la cólera de reyes,
ni el despecho de la córte!...

ENRIQUE.

Isabel!... Isabel mia!...
vuestro amor me hará invencible!...

MALVA.

Vamos pronto!...

ENRIQUE.

Es imposible!... (Mirando por la cortina
Hay gente en la sacristía!...

ESCENA X.

Dichos.—DON JUAN, *por la reja izquierda.*

DON JUAN.

Hermana tornera?

ENRIQUE. (Aparte.)

Un hombre!...

MALVA. (Aparte.)

Ay!... es Don Juan!...

DON JUAN.

Escuchadme:
á la duquesa de Malva,
decidla pronto que baje.

ENRIQUE. (Aparte.)

Contestad!...

MALVA. (Aparte.)

Somos perdidos!...

ENRIQUE. (Aparte.)

Y ya no puedo escaparme!... (Con desesperacion.)

DON JUAN.

Voy á tocar la campana
para entrar, pedid las llaves,
tengo licencia del Rey. (Impaciente.)

MALVA.

Don Juan, no llameis á nadie, (Descorriendo la cortina.)
que yo no quiero testigos
para escuchar á mi amante. (Con gazmoñería.)

DON JUAN.

Voz del alma...

MALVA.

Caro esposo!...
(Aparte.) Museo de antigüedades!...

DON JUAN.

Nuestros amores peligran;
ese maldito estudiante,

ha obligado á la Condesa
para que vaya á quejarse
á palacio, y ha pedido
venganza á Sus Magestades.

MALVA.

No entiendo nada.

DON JUAN.

Me acusa
de un escandaloso ultrage,
de haberla cortado un rizo!...

MALVA.

Es una calumnia infame!...

DON JUAN.

El Rey se ha puesto furioso
conmigo, pidió el carruaje
para venir al convento,
quiere hablaros...

MALVA.

Será en balde;
mi cariño á vos, resiste
los más recios huracanes!...

ENRIQUE. (Aparte.)

Haced que entre por el torno
y es perdido!...

DON JUAN.

Sois el ángel
de mi existencia!...

MALVA.

Don Juan!... (Con fuego.)

DON JUAN.

Isabel mia, entregadme
la dispensa del Pontífice.

MALVA.

No fiais en mí bastante?

DON JUAN.

Temo que Su Magestad,

en su cólera, la rasgue.

MALVA.

Entrad por ella vos mismo.

DON JUAN.

Qué decis?

MALVA.

Sereis cobarde,
cuando mi pasion os llama?...

DON JUAN.

Quién resiste ese lenguaje?...

MALVA.

Venid!... (Con seduccion.)

DON JUAN.

Romperé la reja!...

MALVA.

Vuestra soy!...

ENRIQUE.

Toma jarabe!... (Besándola la mano.)

DON JUAN.

Mas por donde?... (Desesperado.)

MALVA.

Por el torno.

DON JUAN.

No voy á caber!...

MALVA.

Es grande.

DON JUAN.

Ay!... muerto soy!...

MALVA.

Qué sucede? (Conteniendo la risa.)

DON JUAN.

Un espantoso calambre!...

MALVA.

Y quién ha visto que tengan
coyunturas los galanes!!...

ENRIQUE.

Rodemos, fortuna mia!... (Colocándose en el torno.)
unos entran y otros salen!...

DUQUESA.

Salvó el honor á la dama,
la mujer salva al amante!...

(Sabido es que los tornos de las monjas están divididos por dos tablas cruzadas, en cuatro compartimientos. Don Juan se pone en cuclillas en uno de fuera, y Enrique se acurruca en el opuesto. La Duquesa dá vuelta al torno y aparece don Juan.)

DON JUAN.

Los miembros entumecidos...
ya no puedo desdoblarme.

ENRIQUE. (Por la reja.)

Toquemos pronto, no sea,
que mi rival se propase.

(Se oye una campana y la voz de Enrique gritando por la reja. Contestan á lo lejos otras campanas, tocando á rebato y repitiendo las mismas voces por la sacristia y los cláustros.)

ENRIQUE.

Profanacion!... Sacrilegio!...
Impiedad!... socorro, madres!...

ESCENA XI.

Dichos.—Se abre un cajon de la estantería, impulsado por fuera, y se incorpora MICHANA, *alarga los brazos y atrapa los regalos de boda puestos encima.*

MICHANA.

Profanacion!... Sacrilegio!...
Un raptor!... Socorro, madres!...
(Aparte.) Atrapemos los regalos,
para cuando yo me case. (Los mete en el cajon.)

MALVA.

Michana!...

MICHANA.

A rio revuelto,
ganancia de sacristanes.
Que te tueste el Santo Oficio,
bribon!... no tienes escape!... (Desaparece.)

ESCENA XII.

Dichos.—Las de RIAS *y* BUENAFUENTE.—LA ABADESA *y* LAS COLEGIALAS.—*Luego* ALGUACILES *y* ESTUDIANTES.

FINAL CANTADO.

RIAS *y* BUENAFUENTE.

Profanar este convento!...
Oh qué grande iniquidad!...

DON JUAN.

Piedad!... piedad!...

ABADESA.

No le mireis ni un momento,
que es el mismo Satanás!... (A las colegialas.)

COLEGIALAS.

Bien está, bien está,

(Se cubren el rostro con las manos, separando los dedos para mirar con avidez.)

MALVA.

Pobrecillo!... me arrepiento!..
¡qué gran susto vá á llevar!...

D. JUAN.

Piedad!... piedad!... (Medio lelo.)

ABADESA.

No le mireis un momento,
que es el mismo Satanás!

COLEGIALAS.

Bien está, bien está.

CORO. (Fuera.)

Abrid, benditas madres. (Golpeando la puérta.)

ABADESA.
Sois la justicia?...
CORO.
Sí.
ABADESA.
Entrad, porque tenemos
á Lucifer aqui. (Les abren y entran.)
COLEGIALAS.
Ojalá sus visitas
quisieran repetir,
para ver, á lo menos,
tanto galan aquí.

ABADESA.
Cubrid el rostro con ambas manos,
porque hay delante mucho galan
y las miradas de los profanos,
son tentaciones que al alma ván.
COLEGIALAS.
Son las miradas indispensables,
por no caerse ni tropezar.
Hay tentaciones tan agradables!...
Cuidado niñas, no hay que mirar!...
ESTUDIANTES.
Los bellos ojos de las Salesas,
todos los hombres quieren tragar;
salvemos hora las tres Duquesas
y volveremos por las demás.
DUQUESAS.
Cayó en las redes del artificio!...
Todas sus culpas vino á pagar
en las prisiones del Santo Oficio!...
se quedó lelo!... pobre Don Juan!...

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos.—MICHANA.—ENRIQUE.—EL ALCALDE DE CÓRTE.

HABLADO.

ALCALDE.

En pos de un mandato régio,
que presentarme aquí manda,
se acusa á Don Juan de Aranda
de impiedad y sacrilegio.
Procediendo en consecuencia
el Rey, que en el templo está,
me ordena venir acá;
seguidme á su real presencia.

DON JUAN. (Aparte.)

Mis desbocadas pasiones,
me llevarán al suplicio!... (Salen.)

MICHANA. (Aparte.)

Si os quema allá el Santo Oficio,
guardadme unos chicharrones.

BUENAFUENTE. (Aparte.)

Quien vuestra dicha resuelve,
en ese pecho bien cabe!... (A la de Malva.)

ENRIQUE.

El Rey, que todo lo sabe,
vuestra palabra os devuelve.

MALVA.

Por recibir cada cual...

ENRIQUE.

Yo un bofeton!...

MALVA.

Y yo un beso!...
hareis hoy voto formal...

ENRIQUE.

De perder por vos el seso,
con esta licencia real.

MALVA.

Enrique, tomad mi mano
y antes que la luz del alba
anuncie el dia cercano,
será de Sanchez Toscano
la Duquesita de Malva.

MICHANA.

De mí no tendreis piedad?... (A la de Rias.)

RIAS.

Merecedlo... y algun dia...

MICHANA.

Dejaré mi afinidad
con la docta facultad
de sagrada teología.

ENRIQUE.

Aun mi dicha no es bastante
si, por mi loco embrollar
y los timbres de mi amante,
no logro en Madrid dejar
memorias de un estudiante.

FIN.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 24 de Abril de 1860.—El Censor de Teatros, *Antonio Ferrer del Rio.*

TRAGES.

La buena ejecucion de esta zarzuela, requiere un esmero particular en el peinado y vestido de las actrices, que ha de hallarse, especialmente en el acto segundo, en entera analogía con los giros del enredo.

Canosa y los mozos de la botillería: con calzon corto, chupetin y coleta empolvada. Los guardias de Corps, con bota de montar en el primer acto y media encarnada en el segundo. Los estudiantes, con sotana, manteo y sombrero de medio queso.

Los trajes de majas del acto primero, copiados de los tapices de Goya, se componen de esta manera: mantilla blanca de encaje, peinado á la china, con canastillo alto y lazo con piocha, de pedrería, ó flor; basquiña de sarga ó raso, de poco vuelo y del color que se quiera; á la mitad, un gran fleco de pasamanería y azabaches, formando red y acabando en grandes picos ó festones: cotilla ó chalequete de seda, de color arbitrario, con hojales en ambos lados y formando un poco de peto: monillo ó jubon de seda, encima del anterior, abierto por delante con una pequeña solapa; hombrillos de pasamanería y botones, y adornos iguales sobre las muñecas. La de Malva jubon amaranto, y la de Rias, esmeralda: pañuelo para cubrir la pechuga, sujeto por el chalequete, de espumilla ó crespon. Dos relojes con cadenas en la cintura, collar de cuentas gruesas, abanico, y manos desnudas. La basquiña, cuatro dedos por encima del tobillo: medias de seda y zapatos de raso con hebillas de piedras y tacones altos, de otro color.

El Alcalde de córte, con toga, vara y peluca empolvada. Los alguaciles, con capilla, jubon, calzon corto y junco en mano.

Acto segundo.—Enrique y Michana, con dominós negros, que se quitarán oportunamente, quedando el primero de puritano y el segundo de loco. Don Juan y el Conde, de Guardias. Las Duquesas, con capuchones elegantes de distintos colores, y debajo estos otros: la de Malva, de peregrina, con saya oscura, esclavina corta, sembrada de

JUAN MUÑOZ Y COMPAÑÍA, EDITORES

LA
SULTANA LOC

NOVELA HISTÓRICA

POR

DON JULIAN CASTELLANOS Y VELASCO

Cuaderno 19.—Ocho entregas 64 página

PRECIO, DOS REALES

